

BI
F

BILL O' CREIGH

**MOMENTO
DECISIVO**



BILL O'CREIGH

MOMENTO DECISIVO



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by **EDITORIAL ROLLAN**
Madrid, 1953
PRINTED IN SPAIN



San Bernardo, 68. MADRID.

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid.

COLECCION F. B. I.

NUMEROS PUBLICADOS

100. Yo, Director del F. B. I. (1).
200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1).
201. 30.000 dólares (36).
202. ¡Ni un paso atrás! (5).
203. Viaje sin final (29).
204. Pistas truncadas (37).
205. Gran Hotel (38).
206. La coartada falló (7).
207. Lydia (3).
208. El peso de la Ley (30). (28).
211. La muerte ronda (33).
215. Reportero de sucesos (4).
221. Sombras en rojo (37).
222. Aprendiz de policía (30).
225. Muerto en la carretera (4).
226. Sangre de periodista (23).
228. Dos vidas (3).
229. Cara es la victoria (30).
230. Uno contra todos (28).
231. Servicio inacabado (21).
232. Oscura traición (41).
233. ¡Alto! (4).
234. Sólo existe un dilema (9).
235. Legión extranjera (30).
237. Requiem por Larry (4).
238. El triunfo del bien (42).
239. Entre la espada y la pared (28).
240. Los sospechosos (40).
241. La vida al azar (21).
242. Los Balcanes en llamas (43).
243. La Ley y él (5).
244. Puente de traidores (17).
245. Espionaje (42).
246. Extorsión (4).
247. Noches de pesadilla (3).
248. Sin rumbo (9).
249. Un caso policíaco (4).
250. Caza del hombre (44).
251. En la brecha (17).
252. Galería de condenados (4).
253. Vidas truncadas (44).
254. Con los pies hacia fuera (21).
255. Una pareja imposible (37).
256. Fuego en las manos (21).
257. Última pena (5).
258. Cogido en el cepo (28).
259. La esquina siniestra (4).
260. El astuto Rubén (40).
261. La Policía lo sabe (3).
262. ¡Perseguido! (28).
263. Pistas borradas (4).
264. Callejón sin salida (5).
265. Sombras de Nueva York (42).
266. Escondite para un cadáver (8).
267. ¡Pánico! (4).
268. Hundida en el cieno (44).
269. La banda de los sbuhos.
270. Inspector especial (42).
271. Testigo, la luna (5).
272. Tres muertos para tres (48).
273. Huyendo del pasado (30).
274. Manos sucias (4).
275. El elefante blanco (49).
276. Al margen del deber (21).
277. Al servicio de la Ley (42).
278. El precio del rescate (28).
279. Tres ramas de un mismo
280. Un hombre busca su
281. El fiscal asesinado (9).
282. Valija diplomática (30).
283. Misterios de Chicago (4).
284. ¡Expulsado! (37).
285. Diamantes rojos (42).
286. La trampa (5).
287. Mister Warren descubre al asesino (41).
288. El último asalto (30).
289. Maffiosos (4).
290. La muerte al volante (45).
291. Espías en el infierno (46).
292. Emigrante del terror
293. Habilidad criminal (42).
294. Una grieta en el telón de acero (4).
295. ...y plomo en el corazón (3).

256. Sombras de Nueva York (42).
 266. Escondite para un cadáver (8).
 267. ¡Pánico! (4).
 268. Hundida en el cielo (44).
 269. La banda de los buhos (5).
 270. Inspector especial (42).
 271. Testigo, la luna (5).
 272. Tres muertos para tres (41).
 273. Huyendo del pasado (30).
 274. Manos sucias (4).
 275. El elefante blanco (49).
 276. Al margen del deber (21).
 277. Al servicio de la Ley (42).
 278. El precio del rescate (28).
 279. Tres ramas de un mismo tronco (8).
 280. Un hombre busca su tumba (5).
 281. El fiscal asesinado (9).
 282. Valija diplomática (30).
 283. Misterios de Chicago (4).
 284. ¡Expulsado! (37).
 285. Diamantes rojos (42).
 286. La trampa (5).
 287. Mister Warren descubrió al asesino (41).
 288. El último asalto (30).
 289. Maliciosos (4).
 290. La muerte, el volante (40).
 291. Espías en el infierno (49).
 292. Emigrantes del terror (28).
 293. Habilidad criminal (42).
 294. Una grieta en el telón de acero (4).
 295. ...y plomo en el corazón (3).
 296. Grow Street (47).
 297. Cuando la ciudad duerme (5).
 298. Dakin del Guapo (42).
 299. Tres sentenciados (30).
 300. National 71177 (21).
 301. La amenaza de Morris (4).
 302. Yo te defiendo (28).
 303. El humo llevaba sangre (9).
 304. Razza (30).
 305. Injusta acusación (42).
 306. La conciliación me acusa (4).
 307. Nadia escapa a su delito (43).
 308. El pandillero (5).
 309. El último ataque (30).
 310. Sobre un hombre (21).
 311. ¡Yo no lo maté! (44).

AUTORES

- | | | |
|----------------------------|----------------------------|----------------------------|
| (1) Alf. Manz. | (20) Andre O'Sun. | (38) Gary Belsan. |
| (2) Fred Baxter. | (21) Fel Marty. | (39) Paul Caster. |
| (3) Frank McFair. | (22) Dana Yonell. | (40) Herman Tell- |
| (4) Eddie Thorny. | (23) Al Gallard. | gon. |
| (5) O. C. Tavin. | (24) Chester King. | (41) Anthony Cuni- |
| (6) Alar Benet. | (25) Josep Tell. | ller. |
| (7) A. G. Murphy. | (26) Med Ryman. | (42) Anthony Ben- |
| (8) Lewis Haroc. | (27) Lou Dark. | son. |
| (9) J. L. Martyn. | (28) Jan Hutton. | (43) Albert Lazar. |
| (10) Jack Brooklyn. | (29) Richard Jack- | (44) Fred William- |
| (11) Thomas Settes. | son. | son. |
| (12) John Nebot. | (30) Jim Murray. | (45) Ray Jones. |
| (13) Thomas Wan- | (31) Sand Burt. | (46) Richard Har- |
| ton. | (32) Joe Greig. | vey. |
| (14) F. N. Graw. | (33) Bill O'Creigh. | (47) Ben Martyn. |
| (15) Robert Deaf. | (34) Don Lassister. | (48) Leo Mason. |
| (16) Alan Carson. | (35) John Est. | (49) Billy McLean. |
| (17) Alv Cortroa. | (36) Edward Good- | (50) Ralph F. Re- |
| (18) Jack Grey. | man. | mery. |
| (19) Edgar Ford. | (57) Angelo de Ter- | (51) M. Savdrovich. |
| | toris. | |

Al gran novelista y escritor francés Georges Simenón, genial creador del admirable y admirado Comisario Maigret.

EL AUTOR

I



AHIB Coen no ha vuelto, máster... Salió hace horas y no dejó ningún recado...»

El recuerdo de las frases, dichas en tono dulzón por el sirviente indio, martillaban el cerebro de Max Baxter. Mientras corría por las desiertas callejuelas que separan Delhi, la antigua, de los modernos arrabales del Sur. Iba en busca de algo incierto y fantástico.

En primer lugar, Tommy no acostumbraba a salir de las oficinas de la Mendocino hasta la llegada de su socio. Si lo hizo alguna vez, siempre dejó una nota sobre su mesa. Así venía sucediendo desde varios años atrás, al ser ambos licenciados del Ejército estadounidense. En la costumbre meticulosa de Tommy aquello era algo increíble.

Pero Max, por más que revolvió los papeles de la oficina de ambos, no encontró la menor advertencia escrita.

Aquello era extraordinario. Tan extraordinario como la ausencia de su socio, quien hasta cuando se ausentaba por solo unos minutos lo hacía constar de alguna forma.

Solo pudo encontrar el joven moreno una especie de dibujo arbitrario, que representaba dos paralelas irregulares en curva, como el brazo inferior de una «ese». Y, cerca de su final, un punto.

El vaso de agua que Tommy acostumbraba tener a su alcance estaba vertido, y seco, en la iniciación del mensaje. Y el secante sobre el que garrapateó tenía señales de humedad.

El mero hecho de estropear el papel que amparaba su carpeta era

absurdo en Tommy, cuidadoso y económico en extremo.

«Aquello» quería decir algo. En primer lugar, que no se fiaba del sirviente. Eso no era extraño. Si de alguien se fiaba Tommy, era de sí mismo; luego, un poco, del desalentado joven que corría en su busca.

El vaso traía a la memoria agua, y el punto entre la doble curva, un islote, razón por la que Max corría hacia el río Jamuna.

Cerca del límite del casco antiguo de Delhi y la parte moderna, existe una isleta, único punto a que podía hacer referencia el jeroglífico.

Era de noche, y los ojos pardos trataban de atravesar las tinieblas del callejón que desemboca en la plaza donde se yergue el Delhi Gate of the City, antigua puerta de la ciudad. De allí tomaría la Circular Road y un taxi, teniendo suerte. No quería ni mirar su reloj. Cada segundo batía angustiosamente en su pecho con un repiqueteo sonoro.

Sabía que existían en la ciudad multitud de aventureros, como ellos mismos, aunque utilizaban procedimientos menos ortodoxos. Pero no podía comprender el porqué de un secuestro.

Tommy tenía que haber ido voluntariamente. Pero si así fue... ¿por qué no dejó constancia de su marcha? Algo sinuoso y tétrico, erizado de peligros, tenía que acecharle cuando extremó sus precauciones. ¿Qué era?

Max tuvo suerte al llegar a la gran avenida, aunque no tanta como esperaba. No fue un taxi lo que pudo lograr, sino un mísero cochecillo de dos ruedas tirado por un esquelético «coolí». Sin la menor vacilación se encaramó en él, y dio orden al individuo para que emprendiese la carrera.

—Te daré cinco rupias si llegas al puente en otros tantos minutos —dijo el joven al conductor.

La suma ofrecida debió parecer al hombrecillo digna de un esfuerzo supremo, ya que, sin otras palabras, empuñó el varal y se lanzó en dirección Este como una saeta.

Por suerte, la gran calle estaba desierta, y el carricoche no tuvo que detenerse ante ninguna señal de tráfico. En el brillante asfalto iban quedando impresas las huellas de unos pies humanos que batían vertiginosamente el piso.

Antes de llegar al Power Bridge tenía Max preparado su billete, que entregó al tipo vestido con míseros ropajes.

—¡Bien! —gritó al detenerse el «coolí»—. Toma el dinero que te has ganado, y vuelve a tu lugar de trabajo. No quiero que me esperes.

—Si me permites, sahib, me retiraré a mi domicilio. No tengo más que seguir el puente —indicó el hombre, que sonreía a pesar del jadeo de su pecho.

—Vete, en buena hora —contestó Butch—. Pero aprisa... Aguardo aquí a alguien.

No podía cometer imprudencias. En aquel inmenso país, confiarse a un sirviente suponía dar pies, e incluso alas, a la traición.

Los pasos de los blancos estaban vigilados celosamente, y la Policía indígena demostraba a veces excesiva curiosidad por conocer sus pasos. Incluso pretendía anticiparse a ellos, como para resarcirse de tantos siglos de esclavitud y mansedumbre.

Cuando Baxter vio que el hombrecillo se alejaba hacia el puente, como había dicho, se lanzó por la margen occidental del Jamuna, en dirección a la mole sombría del Raghat.

El inmenso edificio quedó a su izquierda, mientras sonaba en los oídos de Baxter el rumor de las aguas que batían la orilla. Aquel era otro problema con el que tenía que enfrentarse.

El caudaloso río, ya de por sí violento en su curso, adquiriría en las dos ramas que contorneaban la isleta categoría de torrente. Corría por allí apretado y hostil, y era imposible alcanzar la isla a nado, luchando contra la corriente. Se precisaba remontarse casi un cuarto de milla más arriba, para lanzarse entonces al caudal a favor del curso líquido.

Max se dio otra carrera entre las sombras, procurando que sus pasos no le delatasen. Tal vez en aquellos momentos Tommy se encontraba en peligro o muerto. Desde luego, no estaba asistiendo a una «soirée»; eso podía asegurarlo.

No se le ocurrió a Max pensar que estaba equivocado en su hipótesis, ni siquiera que una falsa pista hubiera sido trazada para desorientarle.

Sabía que Tommy estaba en la otra orilla del espantoso caos líquido, y necesitaba hacer acopio de astucia para no caer en manos de algún sicario. Si el punto de reunión era misterioso, también era lógico que estuviese bien guardado.

Saltó una tapia, y siguió su carrera por entre jardines privados. No se detuvo a reflexionar que estaba cometiendo un delito contra la propiedad, y que ello podría significar su encarcelamiento y una repulsa al cónsul americano. Tenía que atajar la marcha de algo terrible que intuía.

Llegado al punto donde se iniciaba la división de las aguas en torno al islote, Max sacó su pistola del bolsillo y se la puso entre los dientes, como un antiguo pirata dispuesto al abordaje.

No otra cosa iba a hacer, y la presa que buscaba era un sólido barco anclado desde el principio del mundo entre las orillas de una torrencera.

Se despojó de su americana, dejándola con el dinero y documentación. Fueron dos segundos de tiempo que perdió: los únicos.

Un instante después se adentró en el agua, tibia y fangosa. Antes de perder pie se lanzó a nadar, procurando conservar la cabeza erguida en pleno turbión.

Se sintió arrastrado, pese a su vigor físico. El agua se arremolinaba en torno suyo, empujándolo al centro del curso líquido e impidiéndole alcanzar ninguna de las orillas.

Braceando como un dogo y haciendo cara a la avalancha, Max fue

derivando hacia su meta. Nadie sino él sabía el trabajo que costaba ganar míseras pulgadas.

Daba la espalda a cualquier piedra o remolino que pudiese golpearle o ejercer succión sobre él—. No tenía otra mira que ganar en la contienda, procurando tener la cabeza fuera del agua.

Le interesaba conservar la pistola seca tanto como salvar la vida.

Y la muerte aleteó cerca de él varias veces, abandonándole al final. En su lucha constante, tal vez «la Descarnada» le consideró un rival imbatible, o un enamorado al que no deseaba fulminar.

Lo cierto es que Max pudo asirse al bálago que crecía en la orilla de la isleta y emerger hasta pisar tierra firme en lenta progresión. Estrujar sus ropas le llevó solo un par de minutos.

El joven poseía el sentido de orientación de las aves errantes, y sabía ver entre las sombras gracias a una facultad nictálope laboriosamente desarrolla—, da. Adivinó ante él una masa sólida, que sin duda correspondía a un edificio ruinoso.

Uno de los infinitos templos de que se halla salpicada la India; tal vez lugar de peregrinación piadosa de los habitantes de Delhi. Pero Max vio algo más.

Una tenue claridad se esparcía de la edificación oscura y hostil.

Era como una reverberación fosfórica, algo inapreciable y difuso. Pero a él le indicó que alguien permanecía en los sótanos, y que el lugar sagrado no se utilizaba, a la sazón, para fines religiosos.

Avanzó encorvado, silencioso, como si se hallase en una selva nipona al frente de un comando.

Un felino, que se lanza a su caza nocturna, no hubiese caminado con tal sinuosidad. Los pies de Max, calzados con recias botas, producían el ruido de una pluma de ave al rozar un objeto. Y avanzaba deprisa, pese a su cautela.

Pegándose ya a las paredes del edificio, lo contorneó buscando un acceso. Mientras tanto, las aletas de su nariz trataban de olfatear en el aire quieto la menor cosa sospechosa: humo de tabaco, olor a «whisky» o jengibre, sudor humano en la noche tropical. Los oídos eran otras dos antenas sensitivas.

Contra el muro, como una sombra esclarecida, Max barruntó un centinela. Su turbante y los blancos ropones apenas destacaban en la oscuridad. Y su quietud era, absoluta: dormido, o vigilante en exceso, aquel era el primer obstáculo serio en su camino.

Todo lo demás habían sido leves contrariedades; incluso el atravesar el Jamuna y caminar con la gravedad de un reptil y el silencio de un espíritu. Baxter alzó el brazo derecho lentamente. En su mano empuñaba la pistola, esgrimiéndola por el cañón. Su mano izquierda iba a hacer las veces de mordaza.

Un golpe seco, tan veloz como la mordedura de un ofidio, culminó su acción ofensiva. Y la mano izquierda del joven se crispó alrededor de una boca como una mordaza. Surgió un murmullo—lamento, sorpresa y petición de auxilio—, y la culata del amia volvió a descender, sin piedad, inexorable.

Hasta entonces, Max había cometido tres irregularidades: escalar una cerca, pisar suelo sagrado y golpear a un individuo a quién no conocía, que muy bien pudiera estar cumpliendo con su deber.

Todo esto solo tenía como justificación la hipótesis fantástica de que Tommy estaba cautivo entre las ruinas de un templo legendario. Sospecha nacida gracias a un simple garabato sobre un papel secante.

Pero Max Baxter era un intuitivo, y... solía acertar.

Si hubiese acudido a la Policía, le hubieran atendido, indudablemente, pero no con la celeridad que él juzgaba necesaria. Quizá hubiesen mandado una patrulla de exploración, ruidosa y estéril.

Y si Tommy estaba en peligro, como temía, hubiera sido sacrificado o conducido fuera de allí, perdiéndose su pista definitivamente.

A Max no le satisfacía tal solución. Él tenía muchas cosas que hacer en Delhi y en otros lugares, pero le era necesaria la colaboración de Tommy. De ningún modo podía abandonarlo a su suerte.

Tales pensamientos no rozaron siquiera la imaginación del americano.

Al caer el vigilante, se deslizó por una escalera de piedra, cuyos peldaños desgastados hablaban del paso de millones de fieles en sucesivas generaciones. A medida que descendía, la claridad fue haciéndose más concreta.

Un inmenso salón subterráneo se ofreció a su vista, con numerosas puertas. Alumbraba la estancia una antorcha, sujeta en uno de los muros. Y un segundo vigilante daba cortos paseos por el amplio local.

Max observó varias casas, simultáneas. La primera, que el vigilante no estaba solo, ya que a través de una de las puertas se oían voces atenuadas. Otra, que no podría sorprenderlo de ningún modo.

Para llegar a él tenía que bajar a cuerpo descubierto los últimos peldaños de piedra, salir del refugio del balaustre y enfrentarlo. Aquello suponía una irrupción de los reunidos, quienesquiera que fuesen. Y Max solo contaba con ocho balas en su «Parabellum»...

Cuando había perdido tanto tiempo, podía gastar algún minuto más. Desanduvo el camino y regresó arriba, donde estaba el cuerpo del inconsciente centinela.

Revolvió bajo su túnica hasta encontrar en los bolsillos de su chaleco algunos documentos, que arrebató. Pudo identificar al agredido, hojeando aquellos papeles a la débil luz de la escalera. Sonrió, satisfecho.

No pensaba usar aquella documentación, ni siquiera el turbante y túnica del caído.

Hubiera sido absurdo, no poseyendo una larga barba— barba, poblada y repartida a ambos lados a la usanza hindú—. Aunque había poca luz, no podía engañar al segundo centinela de aquel modo infantil.

Hizo un poco de ruido y emitió un carraspeo, lo que puso en guardia al cancerbero del sótano. Luego se oyó un murmullo de voces, espaciadas y algo confusas.

—Me es imposible, sahib—«decía» el inconsciente—. Ya no es posible admitirle en la reunión. Están todos los jefes...

—Pero es que traigo una oferta muy interesante, Dabzil —replicó Max, usando su voz natural—. El asunto está resuelto sin necesidad de...

El centinela tenía orden de no interrumpir la conferencia, salvo en caso de fuerza mayor. Así, se acercó a la amplia escalinata y miró hacia arriba, al exterior.

En el marco de la puerta advirtió a su compañero, hablando animadamente con un desconocido. Dabzil meneaba la cabeza, denegando, y el otro arreciaba en sus argumentos. Decidió terciar en la discusión.

Los dos hombres estaban muy juntos, con una proximidad tal que demostraba buena armonía. La mano de Dabzil cayó a lo largo de su cuerpo, en un ademán desmadejado que denotaba impotencia. Al parecer, el desconocido era muy tozudo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el segundo guardián, emergiendo al exterior—. ¿Por qué es la discusión?

Aquello fue extraordinario. Lo mismo que había caído flácida la mano de Dabzil, cayó luego todo él. Unos segundos de estupor bastaron para que Max tomara la iniciativa, en un ataque relámpago. Porque, en realidad, todo el tiempo procedió con el vencido como si fuese un pelele de trapo, un «guignol» sin voz ni movimientos propios.

Atenazado por el cuello, sin posibilidades de gritar, el sorprendido trató de defenderse. Era un verdadero hércules, que podría librarse de la tenaza mortal a su garganta. Sus músculos semejaban ballestas de acero prontas a dispararse. Y una de sus manos apareció armada con un cuchillo.

Intentó liberarse con él de las garras que le aferraban impidiéndole respirar. Y lo hubiera conseguido de no estar Max acechando sus reacciones. Desvió la cuchillada y siguió apretando el cuello de su rival.

Sintió que el indio le golpeaba el rostro con golpes potentes y repetidos. Era una lluvia implacable, que no cesaría en tanto le quedase vida. Max comprendió que no podía andarse con remilgos, y pasó a la acción rápida y directa.

Retorció la mano armada y guio la hoja de acero camino del pecho de su esgrimidor. La punta se clavó entre dos costillas, y resonó un alarido en la noche capaz de taladrar los oídos de un ídolo de piedra.

Max acentuó la presión del cuchillo. Algo se rompió en el interior del indio, que dejó de golpear y de gritar a la vez. Rodó definitivamente.

Pero ya de abajo surgía un pandemónium de voces y de gritos. Los nombres de Dabzil y Kart fueron repetidos por varias gargantas, en insistente apelación.

Como respuesta, con breve intervalo, los cuerpos de los dos indios, el vivo y el agonizante, describieron amplias parábolas para ir a estrellarse en el fondo del subterráneo, arrojados por Max Baxter.

A través de los barrotes del balaustre, el joven observó que varios individuos subían las escaleras del templo provistos de armas de fuego. Eran tipos cetrinos, vestidos a la usanza oriental o a la moda blanca. Pero todos ellos estaban animados por los mismos satánicos propósitos: eliminar al enemigo que se introdujo en su madriguera.

Eran siete tal vez; no había tiempo de contarlos. Quizá quedasen otros en la recién abandonada habitación. Pero de una cosa estaba seguro Baxter. Y era que, aun sin declaración de guerra, los individuos aspiraban a arrancarle el pellejo. Max tenía demasiado recientes en su imaginación la ciencia y experiencia adquiridas en el campo bélico.

No preguntó, ni nadie le hizo preguntas. Dio lugar a que el primer disparo le justificase, y atacó a su vez. Con tal velocidad que ambos tiros parecieron confundirse.

Un cuerpo abrió los brazos, cayó rebotando sobre los que le seguían y se hundió en el abismo del que nadie vuelve. No lanzó ni el menor gemido: el tiro de Max le acertó en el centro mismo de la frente.

Los indios se desplegaron, retrocediendo. Estaban en una ratonera, y sus tiros convergieron hacia el barandal por el que surgió el fogonazo.

Pero ya el americano estaba en otro sitio distinto. Merced a un prodigioso salto, varió el ángulo de ataque, con un resultado desastroso para otros dos enemigos.

Tres o cuatro hombres, acorralados, pensaron en huir hacia la única habitación cuya puerta estaba abierta, de la que salía una luz brillante. Iban a hacerlo, olvidándose de su afán de venganza, cuando una especie de aparición les cerró el camino.

Se trataba de un hombre grueso, de negras y rizadas melenas y una barbita que se fundía en el bigote. Su rostro estaba pálido y sangrante, pero avanzó con sombría decisión. Tenía el pecho desnudo, cruzado por verdugones; las manos, temblorosas, al final de unos brazos descarnados. Era Tommy Cohen, el socio de Max.

No tenía armas en su poder, pero no estaba dispuesto a seguir siendo víctima propiciatoria. Con rápido ademán cerró la puerta cuando uno de sus atormentadores llegaba a ella. La mano del indio fue horriblemente magullada al quedar cogida por el batiente. Lanzó un alarido mayor que el de la víctima de Max al ser apuñalada.

Varias balas se clavaron en la puerta, pero esta siguió su obra destructora, mutilando los huesos y tendones del cazado. Y una voz dominó

el estruendo. Era Max, que gritó:

—¡No abras, Tommy! Aguanta mientras puedas.

Otros dos sicarios se volvieron contra el enemigo casi olvidado, que avanzaba a pecho descubierto. Tres disparos se cruzaron en el aire, y uno de ellos acertó al joven en un hombro. Pero aún pudo ejercitar su puntería mortal. El hombre apresado por la puerta no contaba como enemigo de cuidado.

Max, que era la prudencia misma, se portó de un modo harto inconsciente al acudir hacia donde estaba su amigo. Olvidó a otro tipo que estaba oculto, precisamente debajo de la escalera. Al sentir un balazo rozarle la sien, se volvió con vivacidad y lanzó un último mensaje de muerte.

Le quedaban dos balas en el cargador, pero prefirió reservarlas justamente con sus energías. Al parecer, iba a tener que sacar fuerzas de flaqueza para seguir ayudando a su amigo.

—Ya puedes abrir, Tommy —gritó—. Estamos casi solos...

—Ayúdame, porque no puedo...

La mano destrozada y los huesos de los dedos eran una terrorífica cuña que encajaba la puerta. Guardando la «Parabellum», Max tiró de las piernas del indio caído en aquel cepo de madera, que se había desvanecido a efectos del espantoso dolor. Consiguió apartarlo de allí, dejando sus dedos pegados al quicio. Y juntó sus fuerzas a las de Tommy, empujando la puerta.

Al abrirla, apareció ante sus ojos una habitación vacía y polvorienta. En el suelo se advertía un charco de sangre, negruzca y coagulada. Cohen empezó a ponerse prendas con visible esfuerzo.

—Me azotaron hasta hacerme desmayar —dijo, con voz entrecortada—. Creí que no ibas a llegar nunca. Luego empezaron a atravesarme las mejillas con cañas de bambú. He perdido la cuenta de sus herejías. ¡Mira!

Max sintió que un escalofrío rizaba su piel. Tommy estaba descalzo, y se advertían unas estaquillas de madera clavadas entre las uñas de sus dedos.

—Me costó un trabajo enorme llegar hasta la puerta —dijo— cuando empezaron los fuegos artificiales. Y lo que siento —terminó— es que no voy a poder andar en unos días.

—Yo te llevaré —prometió Max—. Me figuro que habrás venido en barca...

—En efecto —confirmó Tommy—. ¡Y, como sospeché, era una trampa!

II



E trataba de lo siguiente... —dijo Tommy, un par de horas después. Estaba acostado en su domicilio, adonde había llegado gracias a la ayuda de su amigo. Claro está que, en buena ética, hay que confesar que a veces fue Max el que recibió auxilios del otro. Estaban ambos tan fundidos y maltrechos que atravesaron momentos de extrema laxitud por el camino. Parece ser —explicó Cohen— que proyectan un ataque a la región de Chitral, en el Pakistán, aprovechando la atmósfera hostil que ha creado el pacto con Turquía... Aparentemente, serán gentes de Cachemira; pero, por palabras cogidas a esa gentuza, son elementos incontrolados de China, que viene a ser lo mismo...

—Aún no me has dicho que pretendían de ti al martirizarte, Tommy. ¡No divagues! —atajó Max.

Tenía el joven el brazo vendado, y la frente parecía provista de un turbante. Habían atajado la fiebre con medicamentos, pues en aquella ciudad no podían confiarse a médicos ni a la Policía. Ambos eran elementos del F. B. I., y dadas las circunstancias que atravesaba el país, igualmente sospechosos que enemigos.

—Querían pagar nuestras mercancías y aviones —dijo Cohen, reclinado en una tumbona.

Max experimentó un sobresalto al oír la noticia. En realidad, no habían ido a Oriente a vender armas, como pretendían hacer creer, sino a trabajar

por la paz asiática, necesaria para los Estados Unidos. Solo en apariencia representaban a unos fabricantes yanquis de armamentos.

—¿Estás delirando? —preguntó a su amigo.

—¡No estoy loco, gracias a Abraham! —contestó Tommy, ahogando un gemido—. Pagarían a la terminación de la contienda, con el mismo dinero que arrebatasen a los paquistaníes. Eso es lo que me ofrecieron. Al ver que me negaba pretendieron quedarse gratis con las armas. Más pronto o más tarde lo conseguirán —terminó, con un suspiro—. Al parecer, cuentan con una buena red de espías. Incluso dentro de nuestro mismo negocio.

—¿Bahawalpur? —preguntó Max, recordando al criado indio.

—Ese o cualquiera de los elementos que hay en el aeródromo —suspiró su compañero—. Si las armas estuviesen cargadas en los aviones, a estas horas estaríamos sin un centavo. Entonces... ¡adiós nuestra misión!

—¡Eso no sucederá! —dijo Max, luego de unos minutos de reflexión—. Yo buscaré el medio de evitarlo, aunque sea llevando esas mismas armas a los paquistaníes, que ignoran el ataque...

Cohen dio un verdadero alarido.

—¡Lo estaba temiendo! —gritó—. Una de tus corazonadas, tan absurdas como todas. ¡Por los hijos de Judá, olvídalo!

Pero Max tenía la tozudez del mulo, cuando creía hallarse en la buena senda. Lo había demostrado al salvar a Tommy de las garras de sus verdugos, sembrando el espanto y la muerte entre una cuadrilla de fanáticos. Y dio pruebas de ello en cada uno de los trabajos que le encomendaron los jefes del Federal Bureau of Investigation.

Se levantó y salió de la habitación, acudiendo al poco rato provisto de un atlas y una regleta graduada. Colocó el mapa de la India sobre una mesita y procedió a tomar medidas. Por su parte, Cohen se tragó en seco un par de pastillas más de antipirina. ¡Sabía que le iba a subir la fiebre! Max era capaz de obrar sin consultar con Washington.

—Nos separan de Chitral unas quinientas millas —dijo Baxter, luego de un rápido cálculo—. Podré recorrerlas en cinco horas, con un par de toneladas de armamento y combustible para el regreso. Saldré mañana a la noche, y entregaré la carga a los de Chitral. Tú me ayudarás a hacer el acondicionamiento. Y mientras recibes mis noticias, trata de comunicar con Washington.

—Si lo hiciese ahora no te dejarían salir de Delhi —protestó Tommy, lloriqueando—. Y, si lo conseguimos, me haré viejo aguardando tu regreso...

—¡Vamos! ¡No seas cobarde! —alentó Max—. Hemos pasado pruebas peores que estas en el Japón. Acuérdate... Piensa que si esa gentuza comprende que no pueden contar con la mercancía, tratarán de sabotearla. Por tanto, la elección no es dudosa.

Tommy empezó a lamentarse en voz alta, incluyendo invocaciones a todos los patriarcas hebreos. Se tiraba de los escasos y rizosos cabellos, de la barba levítica. Pero no consiguió conmover al agente, aventurero y audaz.

—¿Adónde vas? —exclamó, al ver que el joven volvía a cargar su «Parabellum».

—A que me dé el aire —respondió Max, sin más comentarios.

No tardarían en descubrirse los cadáveres del islote, si los supervivientes no se daban prisa de enterrarlos o arrojarlos al río con lastre. Y las autoridades del Pandit Nehru, en cuanto sospechasen la menor intervención norteamericana en el asunto, confiscarían el «stock» bélico. De cualquier forma, interesaba salir de la ciudad.

Max siguió hacia el norte de la calle del Parlamento, donde tenían su domicilio, para dirigirse al local de negocios en la parte vieja de la ciudad. Cruzó la inmensa plaza de Connaught, parecida a un laberinto, con sus calles adyacentes, en círculos concéntricos. Y, pasando al lado del Odeón, enfiló la Minto Road. Serían las cuatro de la mañana, y apenas algún que otro «policeman» patrullaba con sonoros pasos.

Eludiéndolos como si fuera un malhechor, Max llegó hasta la acera en sombras de Si Taran Bazar. A dos manzanas de distancia se erguía la destartalada casucha donde tenía la oficina. Lejos, a su izquierda, pasó el G. I. P. Railway en dirección a Karnal. Se sentía el estremecimiento del convoy al cruzar la ciudad falsamente dormida; más bien acechante y maligna...

Ya estaba dando cara a la casucha oscura. Una sombra furtiva—, ¿mendigo o espía? —se rebulló en el quicio inmediato. Max, al amparo de las casas, siguió adelante. La luna, inmensa, podía delatarle.

Iba caminando silencioso, como un trasnochador que regresase a su vivienda. Y dejó atrás su objetivo antes que despertar sospechas, procurando evitar todo riesgo.

Desembocó en la calle trasera, y la recorrió hasta su mitad. Justamente en la parte opuesta, a su oficina había un tinglado ambulante, cuyos enseres le habían servido en más de una ocasión para burlar persecuciones. Estaba en la parte alumbrada por el satélite, pero no había nadie por allí. Respiró fuerte.

Valiéndose de los cajones amontonados en torno al mísero puestecillo, alcanzó su cumbre y se izó hasta el tejadillo próximo. Bastó una ligera flexión de sus músculos para conseguirlo, pese a la herida del hombro. Allí se despojó de sus zapatos, y empezó a gatear por un camino de sobra conocido. Podría haberle hecho competencia a un felino en su avance.

Aprovechando los desniveles de las casas llegó a la suya, colándose por la claraboya abierta. Había inutilizado el cierre anteriormente, y su

previsión le sirvió entonces.

Basculó el cuerpo sobre el hueco de la escalera, y, silencioso, se dejó caer desde más de siete yardas de altura con maravillosa elasticidad.

Ya estaba en la casa, pese a todas las vigilancias. Su mano empuñó el llavín, abandonando la pistola, pero no su innato sentido de la cautela. Bahawalpur, el criado sospechoso, dormía allí.

No habían podido librarse de su insistencia al solicitar un sirviente. Según dijo, no le importaba el salario: con tener asegurada una ración de arroz y cobijo le bastaba. Y dio tantas pruebas de adhesión, que el económico Tommy consintió en aceptarle. Max no dijo nada, entonces, para no alarmar a su amigo.

Como aventurero innato que era, prefería tener al enemigo bajo su mirada, que no invisible, agazapado, dispuesto a la traición siempre. Porque el agente, llevado de su intuición, comprendió que el criado indio era un traidor. Aunque sospechaba que pertenecía a la Policía indígena.

No fue necesario prevenir a Tommy. El camarada era desconfiado por naturaleza, y Max aseguraba que desconfiaba hasta de él mismo, del propio Tommy. Sabía ser discreto.

Por otra parte, en la oficina, no había cosas que excitasen la codicia del indio. El dinero se guardaba en el Queensway Bank, a espaldas del Western Court y cerca de la plaza Windsor.

En llavín giró en la cerradura, sin ruido, y la puerta se abrió igualmente silenciosa. Max no encendió ninguna luz: conocía la distribución de las habitaciones como la palma de su mano. Avanzó por un largo pasillo, procurando no pisar las baldosas movibles. Y ahogó una exclamación al observar que un destello de luz salía por debajo de la puerta de la oficina.

Aquello sí que era extraordinario; solo por aquel derroche Tommy despediría a Bahawalpur, nada más enterarse. Pero Max pretendía saber algo más. La oficina no era la habitación donde el criado pernoctaba. Abrió la puerta un poco y estuvo a punto de soltar una carcajada.

El indio trasteaba en la puerta blindada del arca. Y lo hacía con unas ganzúas tan elementales que en mil años no conseguiría el menor resultado. Estaba tan abstraído en su trabajo que no oyó los pasos felinos de Max, que se colocó a su espalda.

—Prueba la combinación «MAC», Bahawalpur —sugirió el joven, con un soplo de voz.

—Sí, sahib —contestó el indio, de modo inconsciente.

Luego vino la reacción y el sobresalto, pero ya era tarde. Al levantarse el infiel, y esgrimir un afilado cuchillo, se encontró ante las narices la boca de la «Parabellum», que debió parecerle el ojo impío de la muerte.

No tenía más que lanzar un tajo, a la desesperada, pero no lo hizo. «Sabía» que, antes de mover un músculo, su cuerpo se convertiría en

recipiente del Plomo de la pistola. Tiró el arma blanca a sus pies.



—Prueba la combinación «Mac», Bahawalpur—sugirió el joven, con un soplo de voz.

—Para ser indio, le tienes demasiado apego a la vida, amiguito —dijo Max, sin alzar la voz.

Precisamente en aquel tono reposado y lúgubre, pese a la ironía, radicaba una amenaza latente. El indio tembló, y manifestó su pánico cambiando el color cetrino del rostro por otro más oscuro, casi violáceo.

—¡Perdón! —murmuró—. ¡No me mate...!

—¿Por qué había de hacerlo? —contestó Max, sonriendo—. Estabas

desvelado y quisiste hallar un poco de distracción, ¿verdad? Vamos —aconsejó—, ¡sigue tu trabajo!

Bajo la amenaza de la sonrisa más que del arma, Bahawalpur manipuló la combinación. Las tres primeras letras del nombre del glorioso general fueron puestas, una tras otra, en el punto cero. Sonó un chasquido, y la puerta blindada giró sobre sus goznes. Max ordenó:

—Tira de la puerta y llévate todo el dinero que encuentres, Bahawalpur. Es la indemnización por tu despido como criado infiel. ¡Obedece!

Las manos atezadas trataron en vano de moderar su temblor. Tras de la puerta, forrada de acero y refractario, aparecieron una serie de compartimientos metálicos vacíos. En un cestillo de paja trenzada encontró el indio unas cuantas rupias y unos centavos. También había una llave.

—Es poco desde luego —reconoció Max—. Pero cuento con que tus verdaderos amos te darán más. ¡Acércame esa llavecita!

La mirada codiciosa de Bahawalpur le delató. Y su acción subsiguiente. Porque, desdeñando el dinero, aferró el minúsculo artefacto. Con tal fuerza como si en él radicase su definitiva salvación. Y buscó a tientas el cuchillo recién abandonado.

Al esgrimirlo, el puño de Max descendió sobre su cabeza. No le hubiera causado tanto daño de no empuñar la pistola, con la que golpeó el cráneo del traidor.

Cuando el indio recuperó el conocimiento se encontró atado como un fardo. Los cordones de los cortinajes de la ventana le ligaban, imposibilitándole otro movimiento que el de la boca y los párpados. El amo blanco, despojado de su americana, estaba ante él. Con su propio cuchillo entre las manos.

—Vas a morir —le dijo—. Y tu alma encarnará ahora en una miserable cucaracha. Tal vez en un grillo, si tus dioses se muestran benignos. Durante noches interminables cantarás cara a las estrellas, si no lo quieres hacer ante mí. ¿Quién te mandó?

El indio crispó los labios en una mueca tesonera. Con el fatalismo de su raza, se disponía a emprender el camino que le llevaría a albergarse en el cuerpo de un insecto. El cuchillo lanzó un reflejo metálico en manos del hombre que había de liberarle del peso de la materia.

Y avanzó hacia su carne, como una sierpecilla que asomase su lengua bífida. No temblaba, en manos del blanco.

—No querías el dinero, sino la llave que guarda un cobertizo blindado en el aeródromo de Willington. ¿Pretendías volar? —siguió Max Baxter—. Pues... ¡vas a conseguirlo!

El indio humedeció con su lengua los labios resecos. Sus pupilas giraban en las órbitas, desesperadas, buscando una salvación, lejos de su alcance.

—¡No hablaré! —dijo, enfático—. Si lo hiciese, los otros me matarían también.

—Creo que hay una solución que escapa a tu inteligencia, hombre grillo —contestó el agente—. Y te la brindo. Si hablas —siguió, después de una pausa reflexiva—, no te soltaré por eso. Avisaré a la Policía; vendrán a por ti y te acusaré de ladrón y de haberme herido. No es cierto esto último, pero servirá para que pases en la cárcel una temporada...

El sudor perlaba la frente del indio, pero sus ojos dejaron de mostrar pánico. Ciertamente, la sugerencia era buena—. Siguió callado.

—Puedo hacer otra cosa —continuó Max—. Y es soltarte para que vayas a reunirse con tus cómplices. Tendrás que confesar que te sorprendí y que te birlé la llave. Entonces, ellos te hundirán en un río que no es el Ganges sagrado. Y en el fondo de légamo esperarás hasta el día del Juicio Final. ¡Escoge!

—Al parecer, lo sabes todo, sahib —articuló Bahawalpur—. No en balde me aconsejaron «ellos» mucha prudencia. Pero quiero hacerte una pregunta a mi vez. Si los conoces... ¿por qué me preguntas?

—Conozco a los que secuestraron a Tommy con engaños, a quienes he destruido parcialmente en la isleta del Jamuna —dijo Max, pensativo—. Según mis cálculos, seis de ellos no volverán a alentar. Pero necesito saber quiénes son los demás, los que pretendían robar las armas para atacar a Chitral.

«Es cierto que lo sabe casi todo —pensó el indio, sin intentar debatirse ya entre sus ataduras—. Por otra parte, la solución de la cárcel me salvaría del otro peligro. No pierdo nada contándole lo que sé...»

Alzó la voz, y había en ella un trémolo de infinita esperanza:

—No me importa que me encarcelen —dijo—. Ni perder la vida si antes hago penitencia. Así, voy a hablar. Los que me contrataron quieren, en efecto, atacar ese Estado del norte del Pakistán. Pero no pueden hacerlo con armas de fabricación china, para no descubrirse. Poseen algunos fusiles, pero tus ametralladoras han excitado su codicia. También los aviones. ¡Anda con cuidado, sahib! Lucharán hasta aniquilarte.

El agente secreto dio muestras de entusiasmo.

—¡Bravo! Yo quiero lucha. Sobre todo, si es a favor de una causa justa. Te has portado como un valiente, Bahawalpur —terminó—. Y voy a cumplir mi promesa.

Baxter se acercó al teléfono, y en la central del Eastern le pusieron en comunicación con el cuartelillo policial. Habló, y colgó el receptor después, satisfecho. Volviéndose al cautivo, le aconsejó:

—Ten cuidado con lo que declaras, amigo. Debes decir siempre lo mismo, aunque te atormenten. Solo el robo motivó tu delito: quitarnos unas miserables rupias. Te enloqueció el hambre, y, al ser sorprendido por mí, luchaste en defensa propia. Te prometo buscar un abogado que te consiga

una pena mínima.

—Toda mi vida agradeceré lo que hagas por este humilde gusano, sahib —dijo Bahawalpur, con lágrimas en los ojos.

Había desaparecido todo síntoma de fiereza. Volvía a ser el paria, el hombre que se alquilaba por unos centavos y en cuya alma resurgía la eterna mansedumbre de la India. Comprendió, un poco tarde los inconvenientes de asociarse con el diablo.

Max hubiera podido soltarle en aquel momento, dejando a su alcance las armas y la llavecita codiciada. Pero había hecho más, hizo más dejándolo atado. Le dio tiempo a reflexionar que la verdadera libertad es la del buen proceder. Las lágrimas de Bahawalpur eran de auténtica contrición.

La calle de Si Taram Bazar se pobló de luces y del ulular de varias sirenas policiales. Seguro que el tahúr que espiaba una puerta más allá fue barrido por el pánico, ante la irrupción de las patrullas. Recias pisadas sonaron en las escaleras, y la puerta fue abierta por Max nuevamente. Esta vez desde dentro.

—Pasen, señores —dijo el joven, con gesto cordial—. Tengo al hombre bien sujeto. En realidad, debo considerarme culpable, yo mismo, de su acción...

—¿Cómo se entiende? —preguntó el policía que iba al mando de la patrulla.

—Verán... —explicó Max, ya frente al detenido—. Eh realidad, no le pagábamos nada: solo le dábamos comida y alojamiento. Procedimos un poco duramente con él. Permítanle que se lleve el dinero que había en la caja, y otras cien rupias que voy a añadir de mi bolsillo. Esto le servirá para encontrar alguna comodidad en la prisión.

—Ya arreglaremos a este mastuerzo —refunfuñó el policía, maravillado de aquella generosidad—. Levantar la mano a un americano y atentar contra su propiedad... ¡Hum!

Max trató de ignorar la mirada de gratitud de Bahawalpur, mientras hablaba defendiéndole. Gualdo fue desatado y unas esposas sujetaron sus muñecas, el indio se arrodilló. En una postura que no agradó a los policías indígenas. Murmuró unas palabras incomprensibles, y luego fue llevado a empujones camino del coche patrullero.

—Fin de la primera parte —exclamó Baxter, al quedarse solo—. Dios quiera que no encontremos ningún motivo de fricción con estos corteses indios...

Cerró la puerta de la caja de caudales, luego de cambiar su clave. Y, con la llavecita que abría un hangar del Willington Air Station, se alejó hacia su domicilio, donde languidecía Tommy Cohen entre tafetanes y vendajes. Empezaba a amanecer un nuevo día.

El joven se mezcló entre los obreros y repartidores de leche. Delhi

despertaba a la actividad, y ya resonaban en el aire matutino, cerca de Hamilton Road, las campanitas vocingleras de St. Jame's Church, llamando a los creyentes católicos.

Max compró los primeros periódicos, fresca aún la tinta de imprenta. Ni en el inglés «New Herald» ni en el hindú «Khirki Masjid» encontró la menor alusión al terrorífico suceso de la noche anterior. Las aguas tumultuosas del Jamuna habían puesto sordina a los disparos hechos en el subterráneo de un templo abandonado.

Tal vez pasasen semanas o meses hasta que alguien pisara el místico lugar. Y, para entonces, manos diligentes habrían borrado las huellas de sangre y de tormento. El río conservaría los cadáveres hasta hacerlos irreconocibles. Solo huesos pelados se desprenderían de sus ataderos.

III



El potente avión de carga sobrevolaba a la sazón el territorio hindú de Pathankot. Su único pasajero y piloto, Max Baxter, iba cortando con la aguda proa un proceloso mar de nubes, que rechazaba hacia lo alto el rítmico zumbir de los motores.

Un par de horas antes dejó el aeródromo de Delhi, luego de todo un día de trasiego de pertrechos, sin abandonar un solo instante su pistola. Su aire vigilante le hizo sortear con éxito docenas de ojos solapados.

Llevaba a bordo más de un millón de balas del calibre nueve. Unas enlazadas en cintas metálicas, y otras sueltas, para ser utilizadas en fusiles «Winchester». Las ametralladoras «Thompson» estaban embaladas en sus cajas.

No obstante, una metralleta ligera, de tambor giratorio, estaba al alcance de su mano. En caso de ser atacado, bastaría correr la vidriera de la carlinga para lanzar rociadas de plomo.

Nadie pensaba atacarle en su ruta por cielos de la India, desde luego. Pero iba acercándose a Cachemira, tendón de Aquiles y manzana de la discordia, a la vez. Max se echó a reír al comprender la estrategia diplomática de los ingleses.

Habían sabido alzar, en el norte del coloso hindú, un Estado independiente, con una frontera indefinida que motivaba constantes fricciones. Y dejando al Pakistán dividido en dos sectores, como una pareja

e islas en medio de un océano hostil.

El sueño paquistaní clamaba en su irredentismo por anexionarse Cachemira y crear un pasillo a lo largo y ancho de Nepal para unir las dos partes aisladas de su territorio. Nheru, al facilitar la independencia de Cachemira, no hacía sino seguir el juego a sus eternos enemigos.

Pakistán se encuentra, en su extremo nordeste, tocando la China comunista y el Tíbet, país legendario que trató de resistir con terremotos y ciclones la embestida roja.

Existe allí, por consiguiente, un doble movimiento: una presión y su reacción opuesta.

Y en torno a Cachemira se formará una nueva Corea, si los hombres de buena voluntad no lo remedian.

Este era el plan de América ante el dramático ejemplo de Indochina. Por ello tenían destacados agentes secretos, con cierto margen de autonomía.

Max Baxter confiaba en que su colaboración sería bien recibida. No se trataba de desatar una guerra, para lo cual el Pakistán obtendría armamento de Norteamérica y ayuda de la O. N. U.

Tenían que luchar, solamente, con cuadrillas armadas y de bandidos que ocultaban su filiación política. Las guerrillas y el saqueo son los preámbulos de empresas militares de más envergadura.

Pasada la frontera cachemir, el americano enfiló sus instrumentos de control hacia Srinagar, capital del pequeño Estado independiente. Lo pasó a cuatro mil metros de altura, aguantando las tarascadas de la atmósfera.

Allí demostró sus nervios de acero, pues, si por cualquier contingencia se imponía un aterrizaje forzoso, el cargamento haría volar al piloto a una altura mayor que la que alcanzaba en aquellos momentos.

Del avión solo quedarían fragmentos que podrían ser transportados por un niño.

El indus se dejaba ver, entre las nubes, como una serpiente que discurriese perezosa por el llano. El inmenso río que va a desaguar en Karachi, capital del Pakistán, parecía marcar a Max su camino.

Tras de la inmensa curva en el centro de la Gilgit Agency, o Estado fantasma, Chitral formaba la segunda rama de la tenaza del río. Hacia allí se dirigió el hombre del F. B. I., emprendiendo el descenso en vuelo planeado.

Quietos los motores, como un ave nocturna que trata de protegerse con el silencio de sus plumas. Apagadas las luces de posición, cual si quisiera ver a través de los párpados entornados.

Ya en territorio paquistaní, Max dio marcha a los dos motores «Vulcan». Y un potente chorro luminoso, al enfocar hacia tierra el reflector parabólico, orientó su camino entre sombras.

El ave nocturna buscaba refugio en una cueva procelosa, sin ningún

aviso anterior, confiando en sí misma.

Algunas luces, muy abajo, orientaron a Max. No era un aeródromo, sino las luces desperdigadas de Chitral. Es la población más alejada de la federación de Estados.

El Beluchistán, el Punjab y el mismísimo Sind eran inmensas ciudades comparados con aquella provincia autónoma.

En Karachi, Lahore o Hyderad hubiese encontrado el agente secreto aeródromos, abiertos a cualquier hora del día o de la noche. Allí, tenía que valerse de sus propios medios para un aterrizaje, y eso que caminaba llevando la liberación del territorio.

No se trataba de un Estado salvaje, como Max iba a ver bien pronto.

A unas doscientas yardas de altura, cuando estaba eligiendo un campo de cultivo para posar la mole que guiaba, se encendieron impensadamente una serie de reflectores, tan potentes, que deslumbraban.

El fantástico cuadrilátero que se iluminó bajo sus alas hizo a Max dar un silbido de estupor.

El rectángulo denunciaba un aeródromo particular, pequeño, pero liso y cuidado como una hoja de papel. Y en su extremo sur se advertía algo así como un hangar, provisto de su manga de aire para indicar la dirección del viento.

—Parece que mi anfitrión acostumbra a pasear por el aire —dijo el americano, entre dientes—. Aprovecharemos su invitación, ya que he venido a comerciar con él.

Había calculado bien el tiempo; la noche empezaba a despojarse de sus negros crespones. Hacia Oriente se iban poblando las crestas rocosas de matices escarlatas, anunciando al astro rey.

Sin pensarlo más, Baxter hizo emerger el tren de aterrizaje y se alejó un par de millas para enfilear el diminuto campo de aterrizaje. Si era bueno para una avioneta de recreo, él demostraría que sabía aprovechar hasta la última yarda.

Apagó la ignición sin quitar el contacto. La mole del bimotor «Skyliner» pasó peligrosamente cerca de la cúpula de una pagoda, y descendió hasta rozar las copas de los árboles.

Pareció que el aeródromo se agrandaba al aproximarse. Se observaron varias figurillas con linternas portátiles.

Max hubiera besado al oriental que se cruzó en su camino con dos banderitas de señales en los brazos.

Apretó los dientes al sentir el primer contacto con la tierra. Después del rebote chirriaron los frenos, pero el hangar parecía precipitarse a su encuentro. Ya casi rozaba el avión la inmensa oquedad, en cuyo fondo aleteaba la muerte. Un choque, y el palacio—ahora veía que estaba sobre una terraza inmensa—sufriría el devastador efecto de la explosión.

En el último segundo, calculando todas las posibilidades, Max tascó el

freno de la rueda izquierda y soltó el otro. El avión, ya sin velocidad, giró como alrededor de un eje bien engrasado.

El extremo del alerón derecho eludió por unas pulgadas la mole del hangar y se deslizó de nuevo, suavemente, por la pista, hasta quedar el vehículo detenido.

El joven soltó el freno en el momento oportuno. Y sopló, como si pretendiera impulsar al pájaro metálico con el aire de sus pulmones.

—¡Vaya! —murmuró—. Esto se llama un aterrizaje de suerte. Me hubiera gustado que Tommy, ese descreído...

Varios indígenas uniformados corrían hacia él. Y cuando el joven descendió de la carlinga no vio rostros amistosos a su alrededor. No podía captarse ningún sentimiento benevolente en aquellas caras herméticas, ceñudas.

—¿Vuestro jefe? —preguntó, cortés—. Quiero verle.

—Sígame —dijo, en correcto inglés, el que debía mandar la tropa.

Abandonaron la terraza por una escalerilla lateral, introduciéndose en el inmenso edificio.

Desde allí pudo observar Max, a la tenue claridad del alba, que la construcción estaba erguida en lo alto de un cerro, como un nido de águilas.

Parecía un castillo feudal de la Edad Media. La India no es otra cosa que una avanzada, hacia atrás, en la noche sacular de la Historia.

Pero eso sí: todos los refinamientos asiáticos, unidos a detalles de confort moderno, aparecían por doquier en las regias habitaciones y pasillos.

Había costosas alfombras persas, tapicerías y mármoles, bronce y alicatados de maderas finas.

También luz eléctrica, cuadros y porcelanas. Un grupo en bronce remataba el barandal de la escalera interior, por la que descendieron.

El jefe de la escolta le precedía, y varios números a sus órdenes cerraban la marcha. Con el fusil terciado, ni más ni menos que si se hallasen en campaña.

—Tal vez he cambiado las orejas por el rabo —exclamó Max, ante el silencio ominoso del que le dirigía.

Su conato de conversación no tuvo éxito. Y pronto iba a convencerse el joven de que su pesimismo tenía una justificación inmediata.

Ante una puerta de caoba el grupo se detuvo. Y el agente especial recibió orden de dejarse registrar.

—Soy un súbdito americano, y he venido a ver a tu señor sin intenciones hostiles —dijo, con cierta irritación.

—Perdone, pero han de cumplirse las ordenanzas contestó el guía—. Debe usted pasar sin armas...

—¡Está bien! Sea... —concedió Max, alzando las manos con gesto

mecánico.

Fue desposeído de su «Parabellum» y cacheado concienzudamente. Pasaron a manos del introductor el arma de fuego y un modesto cortaplumas.

Al abrirse la puerta, vio un par de babuchas, que tuvo que ponerse sobre las botas, como si se encontrase a la puerta de un templo en Estambul.

Allí fue dejado solo. Vio que la acción de desposeerle del cortaplumas era pueril, pues sobre una mesa había una daga de afilado corte. Y sobre las paredes colgaban, en panoplias, multitud de armas.

Se sentó en una recia butaca y esperó. Solo acompañaba a su respiración el isócrono tic tac de un reloj de péndulo que batía el aire.

Al cabo de unos minutos, muchos para su gusto, se abrió una puertecilla en la que no había reparado. Un panel del muro, poblado de arabescos, giró silencioso.

Un hombre de regular edad, embutido en una especie de sayal humildísimo, avanzó hacia él. Sus manos estaban juntas, sobre el pecho, apoyadas las palmas una contra, otra en actitud orante. El agente especial correspondió al saludo.

El desconocido ocupó un asiento tras una mesa de despacho, orlada de jades y pequeños idolillos, dando tiempo con su silencio a que Max le observase a su sabor.

Tendría unos cincuenta años, y su pelo, canoso, desaparecía a medias bajo un bonetillo, semejante al gorro de los cadetes.

Su levita le llegaba hasta más abajo de las rodillas, dejando adivinar el extremo de unos pantalones bombachos.

Iba uniformado de blanco, si puede llamarse uniforme a aquella ropa en la que brillaban, por su ausencia, condecoraciones y emblemas.

Ni un anillo, ni siquiera aretes en las orejas o sobre el cuello, identificaban al desconocido como un potentado. Pero lo más extraordinario era su rostro.

En contraposición con la abundante barba rizada de los soldados, partida en dos y guiada hacia los lados, aquel hombre estaba rasurado a la perfección. Podía asegurarse que los minutos de espera de Max los dedicó a recibir dignamente a su visitante.

Era de rostro cetrino, sin una arruga. El mentón, enérgico, hablaba de una voluntad indomeñable, creada y criada en la escuela del sacrificio.

Muy delgado, casi esquelético, sus ojos relucían como brasas, animados por un sentimiento místico.

La boca, breve, hablaba sin palabras de ascetismo y renunciación; los párpados aleteaban, ocultando las pupilas negras, intensas.

Permanecía inmóvil, mudo ante el escrutinio. Sin dar muestras de curiosidad ni de cólera. Esperaba, simplemente.

Max lo comprendió así, y, luego de un ligero carraspeo, empezó:

—Soy americano, y estaba al cuidado en Delhi de un depósito de armas de mi país...

—Lo sé, míster Baxter —fue la sorprendente respuesta—. Tengo ojos y oídos en todas partes. Continúe, pues, sin extrañarse de que conozca su nombre. Pero no hable de nada que pudiera resultar indiscreto. Ni dentro de este palacio ni fuera de él.

Max hizo una larga pausa, acomodando sus ideas a la directriz marcada. Luego continuó, haciendo caso omiso de su aventura en la isla del Jamuna River:

—Les he traído un cargamento de balas y fusiles, así como una docena de ametralladoras. Por si les interesa...

¿Para qué decir más? Sí aquel hombre hermético lo sabía todo, es posible que conociera incluso que no existía ganancia en la operación.

Por otra parte, su advertencia de que podía ser oído le frenaba toda confianza. Incluso el deseo de explicar la asechanza sorprendida con riesgo de su vida, el martirio de Tommy. ¡Todo! Aguárdó.

Su interlocutor pareció escrutarle con una mirada hasta el fondo del cerebro, volverle del revés como un calcetín. Y sus palabras, pausadas, produjeron en Baxter el efecto de una ducha helada.

—Ha cometido usted una ligereza imperdonable al venir —dijo—. Tenemos un representante acreditado en Nueva Delhi, al que hubiera podido consultar su país, sin hacernos correr el riesgo de una explosión.

—He viajado de noche, a toda marcha —contestó Max—. Esto supone que hay...

—Me imagino que es usted hábil y audaz —dijo el hombre enteco, atajando con su mano nuevas explicaciones—. Existe una filiación completa de usted en nuestros archivos —aclaró—. Pero parece no comprender dos cosas: la primera, que no necesitamos sus armas. Y luego, que ha incurrido en nuestra cólera por su irrupción. Las armas quedan decomisadas desde este momento. Y conste que no nos mueve el deseo de aprovecharlas. ¡No las usaremos!

Max se levantó de un salto, fulgurando en sus ojos la ira que sentía.

—¿Qué quiere decir? —gritó—. El tráfico de armas no es contrabando en Pakistán, y solo he pretendido que...

—¡Lo sé todo! —contestó el tipo adusto—. Y usted ignora que el regente de Chitral, por la divina magnanimidad de los dioses, no es sordo. ¡Siéntese!

Max no necesitó oír aquella orden, porque había caído, lleno de abatimiento, en el sillón que ocupaba segundos antes. Estaba recibiendo una magnífica y merecida lección, a las primeras horas de la mañana.

—En atención a sus buenos deseos —dijo el indio—, no le privaremos

también de su libertad. Las armas están siendo depositadas, ahora, en el Interior de la sala fuerte de este palacio. Allí permanecerán, empaquetadas, hasta que su Gobierno las reclame por vía diplomática. En cuanto al avión, puede marcharse con él cuando guste. No le cobraremos alquiler por su guardia y custodia.

No le importaban las armas, sino que no fuesen a utilizarse. El avión le permitiría el regreso, pero... ¿cómo decir al F. B. I. que los pertrechos bélicos se habían perdido? Adivinaba una larguísima tramitación oficial, un intercambio de notas entre Washington y Karachi. Aquello suponía un par de meses, cuando menos, de inactividad.

—Su proposición es un absurdo —exclamó el joven—. Comprenda que...

—Lo único que comprendo es que usted vino sin ser llamado —contestó el indio—. A propósito, mi nombre es Kalán; así puede llamarme sin más preámbulos. Y le ruego me disculpe por rogarle que terminemos esta entrevista...

—Me han quitado afuera una pistola que... —empezó Max, impenitente—. Confío que no será decomisada, también...

—Se le devolverá, míster Baxter —contestó el indio—. Pero si la utiliza indebidamente, tendrá que sufrir nuestra ley, no la de su país. Y aquí solemos ser expeditivos.

Max se levantó de mal talante y se dispuso a salir. Las manos de Kalán se cerraron de nuevo en actitud piadosa, a guisa de saludo. Y, antes de alejarse hacia la portezuela que permanecía abierta, dijo:

—Si no dispone usted de mucho dinero, puede usted alojarse en el Asoka, donde tendrá hospedaje gratuito. La dirección del hotel se encargará de facilitarle algunos centenares de rupias, para sus gastos inmediatos.

Max, encolerizado, se dirigió a la salida. Aquel tipo vestido de blanco no era un tacaño, después de todo.

Le interesaba encontrarle en otra situación más propicia, o poder llegar hasta el maharajá. Quizá él fuera más comprensivo que el regente.

La puerta exterior se abrió a su contacto. Pero no porque aquella mole maciza tuviera los goznes engrasados a maravilla. Desde fuera, cuatro indios colosales facilitaron su movimiento.

La «Parabellum» fue devuelta a Max, juntamente con el cortaplumas. El joven hubiera podido jurar que Kalán no tuvo tiempo de dar ninguna orden en tal sentido.

Y una de dos: o todo había sido acordado de antemano, o hasta las paredes oían dentro del recinto del palacio.

Un inmenso vestíbulo se ofreció a sus ojos, y otra puerta, que no hubiera podido atravesar una bala blindada, le franqueó el paso al exterior. Aún tuvo que aguardar allí para que un puente levadizo bajase sobre el abismo rocoso.

El agente secreto lo cruzó ágilmente, y descendió en busca de las callejuelas de la ciudad. Atrás, como un gigantesco halcón, vigilante, quedaba la residencia real, con todo su poderío y sus misterios.

Y él estaba libre, que no era poco. Fracasado, pero vivo. Dentro de aquella ciudadela, pudo haber sido objeto de un juicio sumarísimo. Cualquier reclamación diplomática hubiese llegado tarde para Max Baxter, elemento activo del F. B. I.

—Me podían haber cargado el sambenito de contrabandista o saboteador —dijo a media voz, reprimiendo un escalofrío.

No era cobarde, pero en el recinto que acababa de abandonar aleteaba un ambiente trágico, opresivo. Max había visto muchas veces cara a cara a la muerte, y sabía hacer frente a una contingencia.

Pero hay cosas en la India que resisten la investigación de una mente europea o americana. Hay que ser oriental, como ellos, para comprenderlas.

—¡Espías! ¿Por qué se consentían dentro del palacio? Si había traidores... ¿no podía ser Kalán uno de ellos?

Algo intuitivo repugnaba aquel concepto, pero Max era positivista y no lo desdeñó del todo. Sacudió la cabeza, afincando en ella su resolución.

Como fuese, a cualquier precio, permanecería en Chitral mientras no fuesen usadas o devueltas las armas. Aun previendo lo imposible, conseguiría una entrevista con el maharajá.

Detuvo sus pasos al ver prosternarse en el suelo, casi a sus pies, a los indígenas.

De alguna parte llegaban hasta él unas voces implorantes, algo así como el llanto centenario de un país acostumbrado a vivir de rodillas.

Sonrió, comprensivo. Se trataba de la oración de la mañana.

Se detuvo en su camino, para no pisar a ningún orante. Cuando las genuflexiones terminaron, la ciudad recobró su aspecto normal. Max siguió hacia la parte moderna de la misma.

Estaba en territorio indio, al fin y al cabo. Pese a fronteras y ambiciones, intrigas y misterios, Asia es una e indivisible, y está ligada por el fanatismo secular. «Todos aquellos hombres eran hermanos», aunque a pocas millas de allí se dispusieran unos bandidos a iniciar su período de terror.

Sin proponérselo, Max estaba dando la razón a Kalán, el hermético regente de los destinos de la provincia paquistaní.



EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. — WINCHESTER — EXTRA-OESTE
NOVELISTAS DE HOY — VALIENTES
AVENTURAS del F. B. I. — JEQUE BLANCO
MENDOZA COLT — RECORTABLES
WALT DISNEY.

IV



AX no tuvo ninguna dificultad en encontrar el Hotel Asoka. Su fachada resplandecía entre un amontonamiento de casuchas mediocres, como una muleta que sujetase la miseria que le rodeaba.

En Chitral hay edificios modernos, pero están en franca minoría. Como un bando de palomas que se hubiese posado entre centenares de cuervos. El hotel era un resto del dominio inglés; pero muy confortable, por cierto.

El joven penetró en el amplio vestíbulo y se acercó al mostrador de la gerencia. Un hombre de pelo canoso le examinó con curiosidad. Sin duda le extrañó la falta de equipaje. Max comprendió la pregunta no pronunciada y le salió al paso, alargando la mano hacia el libro registro.

—Más tarde mandarán mi equipaje —dijo, como al desgaire.

Escribió su nombre, y luego hizo girar el atril donde el libro descansaba. Al leer su filiación, el conserje hizo un gesto de asentimiento. Su mano huesuda tomó una llave, que entregó al flamante huésped.

—Habitación doscientos veinte —explicó innecesariamente—. ¡Botones! —llamó.

Un muchachito de piel cetrina apareció al instante. Miró por todas partes, buscando el inexistente equipaje. Luego, sus ojos negros y vivaces oscilaron del gerente al americano.

—Acompaña al señor al doscientos veinte —ordenó el empleado—. Y estate alerta por si te llama...

Max subió la amplia escalera, desdeñando el ascensor. Y apenas había doblado el recodo cuando un tipo vestido de negro, con turbante, se acercó, al mostrador perezosamente. Por encima del hombro, mientras simulaba hojear unos diarios llegados de Lahore, leyó el nombre del agente especial.

El conserje no se dio cuenta de la inspección o simuló estar distraído. El hombre de negro—un indio, por las trazas —salió del hotel con gesto pausado, como si no tuviese prisa ni la hubiese tenido en su vida.

Hay un refrán oriental que dice: «Es preferible andar que correr, estar sentado que andando, mejor tumbado, y, mejor aún, muerto». Disintiendo de esta singular filosofía, el tipo que dejó el Hotel Asoka parecía seguir el adagio a la inversa. Luego de estar sentado se puso en pie, y, eludiendo miradas indiscretas, anduvo cada vez con más velocidad hasta convertir sus pasos en una carrera.

Llegado a un callejón del barrio de los mercaderes se metió en una casucha. Y allí realizó una extraña operación. Abrió un armarito empotrado en la pared, descorrió una tabla de su fondo y manipuló sobre un pequeño aparato. Se trataba, simplemente, de un teléfono de campaña, y su instalación era, a todas luces, clandestina.

Permaneció hablando unos minutos, y luego disimuló el artefacto tras de la doble pared de madera. Su rostro gordiflón, en el que solo la gula parecía tener asiento, se redondeó en una apacible sonrisa. Más tarde, ya a marcha lenta, volvió al hotel europeo.

En un principio, el Asoka fue construido solo para Ingleses; pero, al abandonar la ocupación, tal monopolio terminó. Sin embargo, algunos comerciantes y hacendados británicos establecidos en la capital consiguieron reservar un salón para reunirse privadamente.

Cuando Max descendió, luego de asearse, se sintió atraído por una agradable música que brotaba del recinto cerrado. Con despreocupación puramente yanqui, abrió la puerta y penetró en el interior. Una docena de rostros severos, excluyendo a la pianista, que siguió tocando, se volvieron hacia él. Y un hombre alto y delgado con recios bigotes, se acercó al Intruso.

Tenía aire militar, y demostró serlo desde sus primeras palabras.

—¿Sabe usted leer, caballero? —preguntó a Max, mientras le señalaba con un dedo el cartelito de «Reservado».

Baxter miró, leyó y comprendió. Hizo un mohín deportivo al excusarse.

—A lo que parece —dijo—, usted no solo sabe leer, sino que adivina. ¿Cómo diablos presume que no soy compatriota suyo?

—¡Huele usted a yanqui a diez millas! —contestó el adusto, como si recordase a Satanás en vaharadas de azufre—. Pero le advertiré que la prohibición —recalcó la palabra— se hace extensible a todos los ingleses que no son huéspedes del hotel.

—¿Muchos? —preguntó Baxter, divertido.

—¡Ninguno! —fue la cortante respuesta—. Todos los súbditos de Su Graciosa Majestad se alojan aquí. Es el único edificio digno de la ciudad. Y bastante lamentamos que haya intrusos que ocupen sus habitaciones...

Como si quisiera poner punto final a la conversación, el individuo cerró

la puerta con una energía insultante. Cesó el rítmico tecleo del piano para desilusión del joven aficionado a la buena música. Y Max se acercó al mostrador de la gerencia, pidiendo cigarrillos.

El conserje del Asoka le contempló ceñudo, pues había observado de lejos el incidente. Quiso demostrar de un modo concreto su oficiosidad.

—Estos ingleses... —murmuró—. Creen que esto es aún un Dominio. Pues voy a demostrarles, de una vez, que no toleramos insolencias.

Luego de satisfacer el deseo del joven, proporcionándole todo un cartón de «Camel», llamó a dos empleados. Señalando el rótulo, que oscilaba aún a efectos del portazo, les dijo:

—Quítad «eso» de ahí, ahora mismo. El salón será, en lo sucesivo, para todos los huéspedes; aunque sean de color.

—Por mí... —empezó Max.

—No es por usted, míster Baxter, sino cuestión de principios. Ya he recibido instrucciones de la dirección. ¡Vamos, muchachos! —acució a los servidores.

Una escalera portátil fue acoplada ante el anuncio de la reserva, y el cartelito fue desprendido de su cadenilla metálica. Max, sin proponérselo, asistió a una curiosa escena.

La figura de uno de los criados, encaramado sobre la escalera, se recortaba en silueta sobre el cristal esmerilado del saloncito inglés. Y, naturalmente, provocó la irrupción violenta del irascible militar. Avanzó en derechura hacia el mostrador, ignoró despectivamente a Max y se dirigió, colérico, al conserje.

—¿Quiere decirme qué significa este atropello? —preguntó, con un amago de congestión en el rostro.

El largo bigote parecía erizarse sobre el labio superior, dándole aspecto de fiera. Y sus ojos grises, metálicos, trataban de fulminar al empleado. Por toda respuesta, este señaló a los que retiraban la escalera, y dijo:

—Son órdenes, sir.

—¿De quién? —farfulló el noble inglés—. ¿Acaso de ese mequetrefe? —dijo, señalando a Max.

El joven no se distinguía precisamente por su paciencia. Iba a responder adecuadamente al insulto, cuando el gerente terció en la discusión.

—Nada de eso, sir Raleigh —contestó, socarrón—. Aquí, en Chitral, no admitimos órdenes de extranjeros. Y antes de que míster Baxter viniese ya habíamos cambiado el nombre del hotel, sustituyendo el de Queen Victory por el actual. El salón será, en adelante, patrimonio de todos los huéspedes.

—Pero no consentiremos... —empezó el militar.

—Precisamente su intransigencia ha precipitado la medida, sir —contestó el cortés, pero rígido conserje—. Si están descontentos del servicio, pueden buscar otro alojamiento. La dirección me autorizó para

decírselo...

Sir Raleigh mostró en su faz toda la variada gama del iris. Al cabo, haciendo un esfuerzo, consiguió frenar los improprios que le subían a la garganta. El orgullo inglés se humilló al recordar hechos recientes, y retrocedió hacia el salón.

En la puerta habían aparecido algunos hombres, ceñudos, y varias mujeres con gesto afligido. Max hubiera deseado hallarse a mil millas de allí. Se consideraba culpable, en cierto modo, de aquella catástrofe «nacional».

Una joven bellísima, con el aura flotante de sus cabellos rubios, se acercó sin vacilar a sir Raleigh. Posó sus manitas blancas y finas en su pecho, y dijo con voz dulce:

—No se irrite, general. ¡No conseguiré nada práctico con ello! En la primera ocasión que vea a Kalán le pediré que vuelva a concedernos estar juntos, formando la familia que somos. ¡Váyase, ¡por favor!

Dos ojos azules, implorantes y extrañamente fijos en su interlocutor, aparecieron inundados de lágrimas. Penosamente contenidas, amenazaban desbordarse en torrentes por las mejillas. Y el viejo militar, por un motivo ignorado, agachó la cabeza y volvió con los suyos. La puerta de cristales se cerró tras él, y solo quedaron junto al mostrador el conserje, Max y la joven.

—Siento lo sucedido, miss... —empezó el agente especial.

Ella se volvió, simpática y cordial, hacia él. Le tocó en el pecho, con un movimiento que no era audaz ni incorrecto. Parecía la sacerdotisa de un extraño culto.

—Me llamo Edith Latymer —dijo, con suavidad cantarina. Oí sus palabras con el general, y las lamento. ¿Quiere acompañarme al bar?

—Encantado, miss Latymer —aseguró el americano—. Me llamo Max Baxter, y soy de Osage City, en Kansas.

—Llámeme Edith a secas —pidió ella. Así lo hacen todos. ¡Venga!

Se agarró al brazo de Baxter, que estaba maravillado de aquella simpática camaradería. Mucho más luego de la repulsa del adusto militar inglés.

Los dos jóvenes atravesaron un par de salones abiertos y llegaron a colocarse ante la barra del mostrador. Un *barman* hindú les atendió, con una sonrisa.

—¿Lo de siempre, Edith? —preguntó, afable.

—Sí, Jhelum. Un martini, por favor.



—Me llamo Edith Latimer—dijo con suavidad cantarina.

El dependiente sirvió con una rapidez que denotaba cariño y respeto a la vez. Max asintió a la muda pregunta.

—Otro para mí —dijo.

Luego de servirlos, el *barman* se alejó a un lado. No había clientes que le requiriesen, pero no deseaba oír la conversación de los jóvenes. Max no dejó de reconocer que, en un país de escuchas, aquello era maravilloso. Sacó un paquete de cigarrillos y ofreció uno a la joven. Tuvo que añadir unas palabras para que ella aceptase.

—Son yanquis —dijo, tratando de limar asperezas—. Y muy buenos...

Edith se puso uno sobre los labios y aproximó el rostro al encendedor que chascó en manos de Max. El joven acercó la llama hasta que ella aspiró unas bocanadas. Los ojos bellísimos seguían clavados en su rostro, con una insistencia que no molestaba. Por el contrario, el joven hubiera deseado permanecer horas enteras contemplando a la belleza.

Sus cabellos tenían el color del trigo maduro y finura de seda. Bajo el arco perfecto de las cejas, las pupilas azules revelaban un mundo interior. Heno de pureza y simpatía. Extáticos, semejaban dos lagos en los que se reflejara el cielo. El rostro formaba un óvalo perfecto para enmarcar las mejillas tersas, una boca pequeña y una naricilla recta y firme.

Pero había algo inmaterial y atrayente que sujetaba junto a Edith, prescindiendo de su atractivo físico, del cuerpo escultural sin petulancia. Parecía magnetismo personal, suave paz y sosiego, un remanso. En su vida aventurera, turbulenta, Max no se había encontrado algo semejante.

Y las palabras afluían suaves y acariciadoras de los labios femeninos. Tal vez para distraer la fijeza de sus pupilas bellísimas, para distraer un poco, también, de aquella sensación tan apacible. Max oía y absorbía, miraba y admiraba.

—Veo que habla usted muy bien de Kalán —dijo, en una pausa de la joven—. Yo, por mi parte, no puedo decir lo mismo. Me parece seco y adusto, tiránico.

Una sonrisa maravillosa apareció en los labios de Edith. Mejor podría decirse que reapareció, porque era consustancial con ella misma.

—Eso es porque usted no le conoce «por dentro» —fue la extraordinaria respuesta—. Es un fiel discípulo de Gandhi, un verdadero asceta.

—Pues como el maharajá sea lo mismo, estoy «aviado» —replicó el aviador.

Unos deditos nacarados taparon la boca imprudente. Por primera vez, la frente de Edith se frunció en una arruga.

—¡Silencio! —reclamó—. Ese nombre no debe pronunciarse en Chitral. Nosotros acostumbramos a decir «él» y queda sobrentendido.

Otra vez la atmósfera misteriosa aleteando. Max no se hallaba ya en el, palacio escarpado, sino ante la barra de un mostrador de bebidas, moderno y eficiente. Sintió un leve escalofrío.

—Necesito entrevistarme con «él», como sea —dijo Baxter, decidido.

—¿Tanto le interesa? —preguntó Edith, bajando la voz.

—A mí, a «él» y a todos —concluyó el joven—. ¡Muchísimo!

La luz eléctrica que alumbraba el local y todos los salones contiguos osciló levemente. Luego se apagó. Se oyeron voces agitadas, y la jovencita volvió el rostro bellísimo hacia ellas. No parecía comprender lo que pasaba. Ni siquiera miró hacia el foco que se extinguía sobre su cabeza. El barman

se acercaba ya con una vela encendida.

—¿Son muy frecuentes aquí los cortes? —preguntó Max.

—¿Qué cortes? —preguntó ella.

El americano volvió a sentir, más fuerte aún, un estremecimiento que agitó todas sus fibras nerviosas. Había estado hablando durante un cuarto de hora con una ciega... ¡y no se dio cuenta de ello!

Recordó el hecho de ofrecerla por segunda vez un cigarrillo. Aparte de eso, todos los movimientos de su compañera habían sido normales, llenos de espontaneidad y decisión. Comprendió por qué fue cogido del brazo con encantadora camaradería. Pero no estaba muy seguro aún.

Tomó la vela que Jhelum había puesto cerca de ellos y la pasó ante los ojos azules. Las pupilas no reaccionaron a la luz, pero la exquisita sensibilidad de la joven lo hizo ante el calor que irradiaba la bujía. Claro está que Max no la había acercado tanto como para quemarla. Edith sonrió, sin pizca de nostalgia.

—Sí —dijo—. ¡No veo nada! Desde hace más de diez años, y tengo veintidós. Pero me he acostumbrado a leer en los pensamientos, y se maravillaría usted si supiera la cantidad de cosas que puedo hacer sin ayuda ajena. Solo le diré que soy cicerone de los forasteros, en sus visitas a la ciudad...

Max reprimió un silbido. Muy americano, pero inconveniente. Trató de suavizar con un elogio la tristeza de la joven.

—Le aseguro que no advertí nada hasta que se apagó la luz —confesó—. Y debo rendirme ante la más simpática y bella de las guías. Me honraría acompañándome a visitar lo que crea digno de mérito.

—Iremos —prometió Edith, con sencillez.

Apurada su bebida, volvió a tomar del brazo al americano. En lo sucesivo, Max estaría mucho más asombrado ante cualquiera de los ademanes y movimientos de la joven. Y procuró no lastimarla mostrándose oficioso.

Un sentimiento paternal— ¿o tal vez más íntimo? —le inundaba al caminar hasta el vestíbulo del hotel. Allí llevó a la ciega hasta la mampara de cristal que en tiempos aisló a los británicos del contacto con seres de otras latitudes.

—No olvide —la dijo, al despedirse—que me agradecería hablar con «él». ¡Como fuese! Si pudiésemos visitar el palacio...

—Hace falta un permiso especial de Kalán —fue la contestación de Edith, dulcificada con una sonrisa—. Así y todo, no podríamos penetrar en las habitaciones privadas.

Baxter, solo ya, se dirigió hacia el mostrador de la gerencia. Y preguntó al conserje el motivo de aquella avería en el alumbrado. El hombre colgó el teléfono que estaba usando, con gesto abatido.

—En toda la ciudad ocurre igual, míster Baxter —contestó—. No se trata de una avería. Alguien ha cortado los cables del suministro.

Encogiéndose de hombros, el agente especial salió del hotel y se sentó a una de las mesitas de mimbre que había en una cómoda y fresca terraza. Al parecer, los acontecimientos estaban precipitándose. Los guerrilleros habían empezado a actuar, privando a Chitral de alumbrado y energía industrial.

¿Serían capaces de envenenar el suministro de agua potable?

El tipo que había espiado su entrada en el Asoka estaba sentado a una mesita inmediata. Le saludó como a un antiguo conocido:

—Mal país este para los negocios, ¿eh? —preguntó, con sonrisa lobuna.

—¡Malo! —reconoció Baxter—. Y, para postre, ahora nos hemos quedado sin luz.

—Sí. Una avería larga y costosa. Tal vez el teléfono quede cortado también. Hay indeseables que operan al Sur...

¿Un enviado de Kalán para espiarle? Así debía ser, ya que hablaba con tanta soltura en aquel país de misterio y de reserva Max decidió continuar la conversación, aunque no le agradaba el tipo gordo y fofo, con aire de hipócrita cordialidad.

—Ya tenía algunas noticias —aventuró.

El individuo acercó su silla a la mesa del americano, para dar a sus palabras un aire confidencial.

—Observé su perfecto aterrizaje anoche —dijo—. Lo sabe toda la ciudad —aclaró—. Pero no todos saben la mercancía que traía en el «Skyliner». ¡Yo sí! —terminó, en un susurro.

—Y... ¿sabe también lo que pasó con ella? —preguntó Max, interesado.

—A tanto no llegan mis informes —reconoció el hombre—. Pero puedo asegurarle que encontrará comprador: si no es «él», serán los otros...

¿Un globo sonda? Tal vez Kalán quisiera evitar complicaciones diplomáticas, devolviendo el armamento confiscado. Había que andar con pies de plomo: el terreno era resbaladizo.

—Por doscientas mil piastras daría incluso el avión —aseguró—. Y si me contratan para conducirlo...

—Sé que aceptaría —dijo, convencido, el hombre vestido de negro—. A ver si demuestra usted, míster Baxter, que es tan buen comerciante como aviador...

Con aquellas palabras pareció terminarse, a la vez, su tiempo y su bagaje de confidencias. Se levantó y, con una pequeña inclinación de cabeza, se alejó.

El tipo no gustó al joven. Prefería a Kalán, si era su jefe. Había más lealtad en los ojos místicos y visionarios, aunque estuvieran cegados por un fanatismo inexplicable.

Una cosa era cierta: el corte de luz. Aquello no podía ser sondeo del regente. De un modo u otro, los guerrilleros habían empezado su ofensiva. Que iría recrudeciéndose al pasar horas y días.

Del mismo modo aumentaría la necesidad de las armas. No es que Max pensase negociar con ellas, pero deseaba que el consejero visible del misterioso poder cambiase de actitud y aceptase la oportunísima ayuda.

Como si quisiera dar la razón a sus deducciones, se detuvo ante el hotel un jinete pálido y desencajado. No era indio, sino blanco. Y penetró como un huracán en el vestíbulo del Asoka. Baxter, animado por la curiosidad, le siguió a tiempo de observar que se metía en el cuartito antes reservado a los ingleses. A través del mamparo retumbaron sus palabras:

—Amigos —dijo el mensajero a los invisibles reunidos—: ¡hay que tomar medidas urgentes! La carretera general acaba de ser cortada, y una multitud de evacuados se dirige aquí. Ya no podemos escapar hacia Swat o Dir, y dentro de una semana no tendremos víveres que llevarnos a la boca.

Cuando tomó aliento, se elevó en el salón un murmullo de voces. Se habló de organizar una expedición de castigo contra los rebeldes, y de pedir un avión de pasajeros para desplazarse hasta Lahore o la India.

El conserje del Asoka, que oyó la conversación, sonrió tristemente. Señaló a Max el teléfono que tenía en la mano. Sus brazos cayeron, flácidos a lo largo del cuerpo.

—Ni siquiera esa solución queda ya —dijo, con aire desmayado—. Acaban de cortar también los hilos telefónicos.

—¿Todos? —preguntó Baxter, incrédulo—. ¿No es posible comunicar con Kalán?

—Solo los de larga distancia —dijo el conserje—. Pero al palacio no se puede hablar si no es con un permiso especial.

Por todas partes aquella cerrazón de horizontes y el avance inflexible de algo que se barruntaba tormentoso—. Era como si un hombre fuera perseguido en su carrera desde el aire, galopando por un llano inmenso. O como si surgieran a su paso, brotando por generación espontánea, ingentes murallas que le dejaran cautivo.

«Solo el aire queda para escapar, en efecto», meditó Max.

¿El aire? La idea le dejó sin aliento durante unos instantes. El poseía un magnífico avión de carga, donde podría llevar, hacia la libertad y la vida, a los ingleses. Había cerca de una treintena. Si Kalán decidía utilizar las armas, no perdería el viaje. El avión, vacío, podría rescatar algunas vidas.

Max dio un silbido al pensar que iba a vencer la dureza de mollera de sir Raleigh, el inglés, dándole una lección al mismo tiempo.



ANTES, AHORA Y SIEMPRE TRIUNFA EL

F. B. I.

UNICA COLECCION EN EL MUNDO
QUE REFLEJA LA AZAROSA VIDA DE LOS FA-
MOSOS AGENTES NORTEAMERICANOS.

¡COLECCION TRADUCIDA A OTROS IDIOMAS!

V



L anunciado éxodo de la población civil se hizo patente a las pocas horas. Indígenas de todas las clases sociales llegaron a Chitral, transportando sus ajuares en carros y caballerías, a la espalda o en vehículos empujados a mano.

Toda la miseria de una retirada, con su inevitable cortejo de heridos y lágrimas desfiló.

La previsión de los gobernantes se hizo patente. Comoquiera que los pobres eran portadores de noticias, fueron acogidos, y se distrajo su dolor con múltiples preguntas.

Al parecer una legión de bandidos, armados de fusiles y pistolas, habían cortado el acceso a las regiones paquistaníes del Sur.

Urgía buscarles acomodo, ya que no podían emigrar tampoco a los países fronterizos, hostiles o prohibitivos. En el Norte, se les ofrecía como una barrera infranqueable Kashmir—Cachemira—, en virtud de la polémica internacional.

La India, asimismo, les vedaba el paso. Y hacia el Oeste, el Afganistán había reforzado su vigilancia a todo lo largo de la frontera común.

Se dispuso que se alojasen en las afueras de Chitral, y se montaron tiendas de campaña, cocinas colectivas y hospitales de urgencia. El río humano fluía sin cesar.

Por la misma razón que los nativos, los blancos no podían escapar hacia otros Estados. La suerte de Pakistán, en su provincia nortea, habían de correrla cuantos alentasen en ella. Solo hacia el Sur, forzando el bloque rebelde, había posibilidades de escapar.

Eso es lo que hizo el matrimonio Clark, comprando un tálburi al que

uncieron un caballejo. Sobre el montón de pertenencias se agitaba, ladrando, el perrillo del matrimonio. El vehículo partió entre una nube de adioses, en los que aleteaba una terrible incertidumbre.

Confiaban atravesar las líneas rebeldes amparados en las sombras nocturnas. Jeremy Clark, empuñando las riendas, parecía la estampa del brío y la resolución.

En el Asoka fueron ocupadas sus habitaciones nada más las abandonaron. Y los salones del hotel, de uso común, fueron invadidos poco a poco por nuevas familias acomodadas.

Sin luz eléctrica, ni teléfono, ni garantías, el establecimiento fue reflejando poco a poco un aspecto triste y penoso: de sala de espera en una estación que tenía como destino la muerte.

Enmudeció el piano bajo los dedos ágiles de Edith Latymer. La joven vagaba entre los recién llegados, vaporosa y gentil, repartiendo ayuda y caricias a los pequeñuelos. Así pasó la primera noche del éxodo. Un triste y reducido anticipo de lo que aguardaba en los días siguientes.

Naturalmente que no obstó para que a la mañana siguiente la joven y el yanqui dieran el convenido paseo. Gracias a las disposiciones gubernamentales, Chitral parecía aún en estado normal.

Los mercaderes seguían con sus tenderetes en las callejuelas, pregonando las mercancías ante la mayor afluencia de personal. Y la joven marchó del brazo del agente, guiándole con singular destreza a través de la riada humana.

En todas partes era estimada y respetada. Pese al odio racial, la bondad de Edith y su desgracia física habían despertado una noble reacción entre los paquistaníes, aun los de las más bajas clases sociales.

Hombres y mujeres se apartaban solícitos del paso de la muchacha y la seguían con una mirada afable.

Edith, frenando su ansiedad interior y dominándola, explicaba a Max detalles pintorescos, algunos de los cuales tenían un terrible y hondo dramatismo.

—Esta es la tienda de Loreley —dijo, mirando sin ver y señalando hacia el frente con decisión—. En su bazar compran recuerdos todos los extranjeros que nos visitan... ¿Quiere pasar, Max?

El joven, que estaba maravillado ante la destreza prodigiosa, y que comprendía la enorme grandeza de alma de su acompañante, contestó:

—¡Claro que sí! Entremos para adquirir alguna de esas joyas...

Iba a haber dicho baratijas, pero un sentimiento de piedad cambió la palabra. Lo joven resplandecía, aparentemente entusiasmada. En realidad, estaba viviendo de recuerdos.

—Tenga cuidado al entrar —dijo—. Usted es alto y puede despeinarse al rozar el magnífico toldo. Loreley lo adquirió en Lahore para aplastar la competencia. ¿Verdad que es magnífico, con sus rayas amarillas y

azules?...

Max no tuvo que bajar la cabeza al pasar bajo los flecos del toldo. Los años lo convirtieron en una ruina destrozada y sucia, de tanto pasar y repasar bajo él. Apenas se advertían ya los colores que Edith «veía» en toda su brillantez, que remozaba en la nostalgia de sus últimas impresiones visuales. Loreley no pudo aplastar a la competencia; antes bien, parecía aniquilado por ella.

—¡Es magnífico! —murmuró.

¿Por qué no había de mentir? Lo habían hecho por caridad y cariño seres de otras razas, incluso extranjeros de paso. Y lo hizo sin sentir la menor repulsión ante el engaño.

Sin duda, Edith creía encontrarse todavía, frente al dueño, con el simpático mocetón lleno de entusiasmo e iniciativas. Como su toldo y todo su negocio, no era más que otra ruina fisiológica, feo y desgredado. Todo lo que había en su tienda lo hubiera desdeñado Max por cien dólares.

Pasaron, y el comerciante inició una serie de zalameas. Con un guiño de complicidad mostró al agente una bandeja de fruslerías, como ensayo. El americano denegó con un gesto.

—Quiero algo mejor —dijo—. Un buen regalo para una jovencita blanca...

Edith se sobresaltó perceptiblemente. Pero, reaccionando, exigió:

—¡Vamos, Loreley! No te hagas rogar... Muéstrale al caballero lo mejor de tu tienda. Es americano, ¿sabes?

El comerciante sacó una bandeja de detrás del mostrador. En ella se alineaban, en efecto, las piezas que podían llamarse escogidas. Después de alguna vacilación, Max tomó una bonita sortija de oro, en cuyo centro estaba engarzada una turquesa. Quizá la semejanza del color con los ojos de su gentil compañera le decidió.

—¡Esto me gusta! —dijo—. ¿Qué vale?

—Una miseria, señor —contestó el negociante—. ¡Una verdadera miseria! —recalcó, como si estuviera describiendo su local—. Solo quinientas rupias la mejor...

—¡Un momento! —atajó Edith, tomando de manos de Max la sortija—. Espera...

El gesto de desencanto de Loreley demostró que entre la joven y él no había la menor complicidad. Y Max, observador como era, respiró. Su amiga no dejaba paso a mezquinos sentimientos.

Los dedos nacarados de Edith tocaron la alhajita y se deslizaron lentamente por la turquesa como si estuviera viéndola con las manos; rozó la montura y sopesó el conjunto. Luego dijo:

—Te traigo clientes para que vivas, amiguito; no para que los explotes. Si el señor quiere esta sortija, no debe pagar por ella más de cincuenta rupias. ¡Es su precio!

Esta vez fue el negociante el que se sobresaltó. Mirando lleno de ansiedad a Baxter, como si quisiera ponerlo como testigo de aquel expolio, empezó a ponderar el objeto:

—Vea, señor —suplicó—, la limpieza de la gema. Parecen reflejarse en ella el cielo y el mar. ¡Cincuenta rupias! —murmuró, despectivo—. Eso lo vale la montura. Más —se rectificó a sí mismo—. ¡Muchísimo más! Págueme trescientas rupias y es suya...

—¡Cincuenta! —insistió Edith.

Baxter estaba ciertamente divertido, observando aquella nueva faceta de su acompañante. Sabía discutir sin demostrar mal humor ni impaciencia. Como la piedra en litigio, tenía un valor material tangible. Y otro más recóndito, emocional y sin precio. Cuerpo y alma se fundían en una combinación maravillosa.

—Lo menos, doscientas rupias —concedió el comerciante—. Y en esa cantidad no gano nada.

—Yo creo que...

Baxter iba a partir la diferencia, para evitar que la discusión siguiese. Pero Edith, adivinándolo, se tomó de su brazo, empujándolo con firmeza hacia la salida. Pero tuvo que volver la cabeza al ser llamado.

—Señor —murmuró el vendedor—, se la dejaré en cien rupias, y le aseguro por todos mis antepasados que pierdo dinero. ¡Ahora es verdad! —trató de aclarar.

En realidad, aquello era ya una buena adquisición. Max estaba dispuesto a comprar, pero un sentimiento de sumisión hacia Edith le frenaba. Por otra parte, no quería dejar de adquirir el recuerdo.

—Tal vez vuelva yo solo más tarde —prometió, siguiendo su marcha con la joven.

—No le pague más dinero —pidió ella—. Se la dejará en ese precio... ¡Hágame caso!

Max lanzó una última y melancólica mirada al desvaído toldo y al tenderete. Allá quedó Loreley, en la puerta, frotándose las manos con nerviosismo. Todo un símbolo y una moraleja.

El negocio, el lucro, la codicia, se parapetaban en su propio desplome. Al lado del joven iba la belleza eterna, la ilusión que reverdece perenne, lo que jamás puede ajarse ni fracasar.

Habían cruzado ya dos callejuelas con míseros tenduchos de ropas y verduras, cuando Max se sintió sujeto por un brazo, el opuesto al que Edith, sonriente, detentaba. Se volvió, creyendo que sería alguno de los mendigos que le importunaban a cada paso, y observó frente a sí a Loreley. El vejete pensó que eran mejor las cincuenta rupias que la problemática vuelta de Max a su tienda.

—¡Tenga! —dijo—. He dejado mi negocio solo; pero no importa... Sea el precio que dice *miss* Latymer —concedió—: por ser ella...

«Y para ella», estuvo tentado de confesar Max.

Pagó y obtuvo. Los dos jóvenes caminaron hasta encontrarse fuera del mercadillo, paseando por un lugar desierto de curiosos. Iban en busca del sitio donde se estaban concentrando los evacuados pobres. Allí pensaba el americano entregar el dinero que le economizó Edith con su hábil regateo.

—Me gusta la sortija —empezó Baxter, con aire reflexivo—. Creo que le agradará a la muchacha para quien la compré—hizo una pausa, y ante el mutismo de Edith, continuó—: Yo no hubiera regateado. No debe hacerse cuando se dedica algo a quién estimamos. Parece que se desmerece la acción de obsequiar.

—Si esa joven le estima, le agradecerá incluso una piedrecita sin valor. Y la turquesa es buena en cualquier precio. La he «visto» —afirmó, enfática.

—No me extraña —aseguró Max—. Tiene usted dos cosas de que carecen muchos mortales: tacto e intuición. ¡Son los ojos del alma! Y creo que, por la senda del oído, puede usted ver también.

No había más que elogios inmateriales, nada directos; pero Edith se ruborizó. Como si quisiera apartar la conversación de cauces peligrosos, preguntó:

—¿Es bonita... ella?

—¡Mucho! —aseguró Max, convencido—. Una belleza extraña, angelical, etérea. A su lado no se siente pasar el tiempo, se olvidan los peligros y las preocupaciones. ¡Se respira mejor! —terminó, ensanchando los pulmones.

—¡Cuánto la quiere! —murmuró Edith, suspirando.

El joven detuvo sus pasos. El lugar era en cierto modo poético, y aleteaba una incontrastable verdad en sus afirmaciones. Estaban ambos en un peligro mortal, rodeados de odios y asechanzas. ¿Qué más da el sitio, cuando dos almas se encuentran? Para Edith todo debía ser un jardín, porque vivía una vida íntima y sublimizada. Su desgracia era para ella, en cierto modo, un refugio.

—Sí. ¡La quiero! —afirmó Max, suavemente—. Y voy a hacerla partícipe de mi vida, para bien o para mal, si me acepta.

—¿Pero es que aún no se ha declarado? —preguntó Edith, en el mejor de los mundos.

Por toda contestación, el joven colocó la sortija en la palma de la mano de la ciega, apretando sus deditos en torno a ella. La agitación del pecho de Edith demostró que una idea se iba abriendo paso, atropelladamente, en su corazón.

—¡Acéptela! —rogó el americano—. Es usted la mujer que amo y para quien compré esta insignificancia. No había otra cosa mejor en la tienda; pero incluso una simple piedrecillas...

Dos perlas líquidas se desprendieron, sin hipos ni sollozos, por las mejillas de Edith. Levantó el rostro hasta enfrentar con las pupilas muertas a Baxter. Y el joven sintió la convicción de que estaba siendo explorado hasta el fondo del alma.

Sin una palabra más, la pareja se puso en camino de nuevo. Hacia donde bullían la desesperación y el dolor, al avispero humano que zumbaba, engrosándose a cada minuto. Rumbo a la vida hostil, fría, dura. No les importaba afrontarla: ambos tenían un tesoro de ilusiones.

Cuando llegaron al improvisado campamento, Edith lucía en su dedo anular la sortija barata, la bisutería que para ella tenía un valor incalculable.

Estaba demasiado inmediato su encuentro con Max, y aquella maravillosa confesión que ella, inconscientemente, le arrancó. Guiada por su certero instinto, sintió desde el primer momento que un lazo de simpatía la unía al aventurero, del que no sabía ni su pasado ni sus proyectos. ¡Ni siquiera cómo era físicamente!

No necesitaba saberlo tampoco. Apoyada en aquel brazo masculino, viril y fuerte, usaría los ojos y el cerebro de él para transitar por la vida. Tampoco Max la había hecho preguntas. Y no era poco aquello. La mutua fe los garantizaba.

Una tropilla de rapaces, sucios y con aspecto famélico, los rodeó, implorante. Algunas madres llegaron a por sus crías, temerosas o prudentes. Pero Baxter las detuvo con un gesto.

Y empezó a repartir monedas y billetes entre la patulea. Hasta quedarse sin un «anna». Poco era —aquello para quienes acababan de perder su hogar y las esperanzas de tornar a las tierras que les proporcionaban el pobre sustento. Pero la caridad sirvió para enjugar muchas lágrimas y consolar estómagos hambrientos.

—¡Ya volveremos! —prometió, al terminar sus donativos.

Se inclinó hacia Edith, que con un pequeño en brazos le prodigaba también la golosina de sus besos. Y al regresar a la capital, moderna y mísera a la vez, la mano de Edith apretaba con más fuerza su contacto con el americano. Entonces surgió el incidente.

Por el camino polvoriento que llevaban, a contramarcha de los evacuados, avanzaba un lujoso automóvil haciendo sonar su «claxon». El sonido de aviso hizo estremecer a Edith. Y a Max le pareció extraño que un magnate buscara aquel camino de miseria.

—Es «él» —murmuró la joven—. Sin duda viene a ayudar a los suyos, o a informarse personalmente.

—Yo le ayudaré también, y a ellos —dijo, con cierta ansiedad, Max.

—¡No! ¡Por favor! No lo hagas. No me dejes sola —pidió Edith, al perder su contacto.

Se quedó en el centro de la carretera, entre los grupos que avanzaban

incesantes. Pero Baxter no la oía ya. El coche del maharajá iba a paso lento, sorteando los escollos humanos. Aquella era la ocasión de entrevistarse con el poderoso señor. Nunca encontraría otra coyuntura semejante.

Divisó en el asiento posterior del vehículo a un hombre obeso, vestido a la usanza oriental. No llevaba joyas en el turbante ni en la túnica. Pero estaba materialmente rodeado de su guardia. En el doble asiento central, en el pescante y en los estribos, el coche estaba erizado de una muralla humana.

Max avanzó con esa impetuosidad propia de los americanos, poco amigos de formulismos ni de rutinas. Al llegar cerca del coche se precipitó hacia él.

—Debo hablarle. ¡Tengo que hablarle, alteza! —exclamó.

Del racimo humano de la guardia se desprendieron tres auténticos colosos, que enfrentaron a Baxter en actitud agresiva. Unas cimitarras se alzaron sobre la cabeza del agente especial, mientras el coche continuaba su marcha cual si nada sucediese. Acelerando incluso.

Como si el rugido del «claxon» fuese una llamada bélica, entre el fluir de los evacuados y el polvo se desarrolló una terrible contienda. Max no tenía intenciones agresivas, pero era incapaz de rendirse sin lucha.



Un puño monstruoso, parecido a una catapulta, descendió sobre su cabeza.

Olvidando las armas aceradas, lanzó un puñetazo contra su más inmediato agresor, haciéndolo tambalearse y caer, como alcanzado por el hachazo de un cíclope.

Una joven, desmadejada y anhelante, pugnaba por llegar al encuentro de su amigo. Edith, tanteando, desesperada, entre la turbamulta en éxodo, tropezaba y caía en la riada humana, invocando el nombre de Max como si fuese un faro que le guiase a través de sus tinieblas.

—¡Aquí estoy, querida! —contestó él, esquivando con pasmosa

agilidad un golpe de cimitarra—. Toma tú esto, moreno —dijo al agresor frustrado.

El tipo recibió el impacto en la barbilla; un mazazo capaz de apuntillar a una res. Recuperó la vertical, pero fue solo una fracción de segundo. El tiempo preciso para recibir otro golpe en el mismo lugar, y caer hacia atrás dando un gemido. En una pelea relámpago, Max había equilibrado el número de sus atacantes. No se veía ya ni rastro del coche del maharajá.

En vez de rehuir esta vez el encuentro con su enemigo, el americano le atacó, despreciando el acero que refulgía al sol.

Hizo un regate, lanzó una zancadilla al soldado y se encontró en mejores condiciones ante un tipo despavorido. Los dos cuerpos inconscientes de sus compañeros debieron hacerle reflexionar, al fin, que tenía un enemigo de talla frente a él.

Era alucinante aquella pelea en medio de una multitud insensible, que continuaba su camino sin curiosidad, lastrada por la carga y el dolor.

Edith, al llegar al sitio de la contienda, tropezó y cayó. Uno de los derrotados dio lugar a ello con su cuerpo inmóvil. Y Max, olvidando la amenaza de su enemigo útil, se precipitó a levantarla. Una cimitarra se cernió sobre el cuándo estaba inclinado.

—¡Oh querido! —murmuró la joven—. ¿Los has derrotado a todos ellos?

La sencilla pregunta los salvó la vida. Porque de un modo subconsciente recordó—con la velocidad de la luz y su mismo efecto deslumbrante—. Baxter recordó. Tal vez le sirvió de aviso la intuición de la joven, transmitida a través de su pecho en contacto. Lo cierto es que, olvidando toda delicadeza, se lanzó, con Edith en brazos, rodando por el suelo.

Un rayo cegador, que parecía arrancado del mismo sol, descendió sobre el lugar donde habían estado. Cortando carne y segando una vida. Todo fue estupor, entonces.

De Edith, en primer lugar; que no sabía lo que pasaba. Luego, del hombrón, que había matado a su propio compañero caído. La cimitarra se clavó en el cuerpo del que hizo tropezar a Edith. El homicida quedó tan estupefacto que le costó trabajo reaccionar. Cuando le hizo era demasiado tarde para él.

Un puño monstruoso, parecido a una catapulta, descendió sobre su cabeza. Y cayó sobre la misma sangre que había derramado.

El espectáculo era trágico y repugnante. Pero aumentaba, su intensidad la indiferencia de los indígenas que transitaban por allí, como si no viesen ni sintiesen. Como autómatas humanos.

Asqueado, Max irguió a Edith y rodeó con su brazo derecho la frágil cintura.

—Vámonos, querida... —pidió—. En ocasiones, es un don del Cielo no ver...



UNA NUEVA PUBLICACION PARA JOVENES,
DIBUJADA POR UN ARTISTA MAGISTRAL
MENDOZA COLT

El famoso *gun-man* de raíz española, cuya terrible velocidad en «sacar» siembra el terror entre los bandidos que saquean los poblados del lejano Oeste. Persigue con ahínco al culpable de su desgracia hasta que

PUBLICACION QUINCENAL **1.50 pesetas**

VI



N ritmo acelerado, los sucesos se precipitaron. Soldados enviados a explorar regresaron a Chitral con la noticia de que la ciudad estaba cercada por entero. La llegada del carricoche de los Clark, vacío de sus ocupantes humanos, fue una culminación dramática.

El caballejo y el perrito volvieron con él, en un retorno puramente mecánico. El vehículo estaba sin equipajes, y las manchas de sangre que le salpicaban llenaron de horror a los curiosos.

No había posibilidad de que el matrimonio hubiera huido a pie, buscando vericuetos entre las sombras de la noche.

En primer lugar, mistress Clark no se hubiera desprendido del perrito, al que quería como a un juguete vivo, con frustradas ansias maternas.

En segundo, pensar que se hubieran llevado el equipaje a cuestas era absurdo, y de no haberlo abandonado para huir hubiera seguido allí. Luego, estaban las manchas de sangre...

Los bandidos procedían como tales, y, al permitir regresar a los dos animalejos, mostraban la fría y sarcástica crueldad oriental.

Aquello era un aviso para los demás occidentales que quedaban en Chitral. ¡La salida de la ciudad estaba prohibida! Sin palabras, como un hecho sencillo y espeluznante.

Max se hallaba en su cuarto, bañándose, cuando sintió unos toques de llamada en la puerta de su habitación. Breves y perentorios, le hicieron abandonar el agua y cubrirse con un albornoz. Se calzó sus zapatillas y avanzó hacia la puerta. Al abrir, un suave perfume sirvió de embajador a su visita.

—¿Pregunta por mí, seguro? —dijo a la maravillosa mujer que estaba al otro lado del umbral.

—Sí, míster Baxter —contestó ella, con una sonrisa que trataba de disimular su propio miedo—. Desea hablarle enseguida...

No era el atuendo de Max el más adecuado para recibir visitas, pero tenía entre sus cualidades la de no ser timorato. Encogiéndose de hombros, facilitó el paso a la espléndida mujer, que penetró en la «suite» contoneándose.

Dada su agitación, se veía que aquello era una «posse» consustancial con su naturaleza y su juventud. Era una meridional de cabellos negros y ojos oscuros, velados por largas pestañas.

No era de esas mujeres que sonreían a cada paso, pero cuando lo hacía mostraba sus dientes en un gesto felino. Parecía enseñarlos en un amago de mordisco; estaba acostumbrada a luchar y llevar la delantera a sus enemigos.

«Una aventurera», pensó Max, haciendo su descripción perfecta.

La mujer tomó asiento sin ser invitada. Su vestido modelaba una escultura perfecta, y descansaba con una languidez perezosa, aunque se veía que estaba tensa y acechante.

—Debe usted disculpar esta intromisión, Max... —empezó—. Perdone. ¡Míster Baxter, quise decir!

—¿Un cigarrillo? —ofreció este, disponiéndose a escuchar.

—Sí, gracias... Le supongo a usted impuesto de la última noticia: el regreso del coche de los Clark, ¡vacío!

Max, por toda contestación, lanzó al aire una bocanada de humo. De una ojeada contempló a su interlocutora, y no pudo evitar un gesto admirativo.

—Necesitamos huir de aquí, como sea... —siguió la belleza—. Y hemos pensado en su avión, ya que no podemos reclamar uno por teléfono a Lahore. Haría usted una buena obra, y, además... —siguió, lanzando una mirada incendiaria al americano—, le resultaría provechosa.

—¿Quiere decir eso, que viene usted enviada por los ingleses, como mediadora? —preguntó Max.

Las pestañas aletearon varias veces sobre las negras pupilas. Y su dueña contestó, sacando modulaciones cálidas de su voz de contralto:

—Hemos hablado, en efecto, de esa posibilidad —admitió—. Pero esta visita mía es muy personal. Soy la única—exceptuando a *miss* Latymer y su tío— que no podrá pagarle el pasaje hasta salir de aquí.

Se levantó, avanzando hacia Max. Al inclinarse sobre él, en actitud suplicante, demostró todas sus dotes de seducción.

—Pero le pagaré —dijo, bajando la voz—. Tengo amigos poderosos que abonarán cualquier precio. ¡Ayúdeme a escapar de este infierno! Solo

de pensar lo que nos espera se me crispa la piel... ¡Mire! —añadió, temblorosa.

Era cierto. No había exageración. Una atmósfera extraña y misteriosa llenaba el departamento, a influjo de las palabras de la mujer. Y sobre la piel sedosa de su brazo, parecida al satén moreno, se notaba el espasmo del frío. Tanto más de extrañar dada la cálida temperatura del ambiente.

—¡Pídanos lo que sea y lo tendrá! —prometió ella—. Las mujeres indígenas no tienen que temer nada, excepto la ruina. Yo...

Dejó la última palabra en el aire, como una cometa que planease arrastrando tras de sí la cola de escalofrantes posibilidades. Los ojos magnéticos acentuaron la promesa y el ruego. A Max, de no estar embebido por el recuerdo de la pureza inmaterial y angelical de Edith, le hubiera bastado acercar la boca para sellar un contrato. Se rehízo, poniéndose en pie.

—Vaya con los suyos —dijo—, y adviértales que bajaré dentro de unos minutos a discutir el asunto. Ahora voy a vestirme.

—Pero es que ellos tienen dinero —protestó la joven—. El acuerdo respecto al pasaje no servirá para mí. ¡Comprenda!

Baxter apoyó sus manos en los hombros de la mujer. Y la miró a los ojos, deseando vencer su hechizo.

—¡No se preocupe! —contestó—. Los llevaré gratis a todos; pero guárdeme el secreto. Quiero dar una lección a esa gente.

—¡Gracias! —dijo ella—. A pesar de lo que dijeron el general y los otros, yo «sabía» que usted es un caballero...

Con un movimiento impetuoso, imprevisible, apoyó sus labios en la boca del agente especial. Un torbellino penetró a Max en el cerebro, y de un modo involuntario apretó el torso femenino.

Reaccionó, al fin. Acompañó a la enigmática mujer hasta la puerta de la «suite», y la empujó suavemente al exterior.

—Aún no sé el nombre de mi primer pasajero —dijo.

—Me llamo Margaret Evans; pero usted puede llamarme Margot desde ahora.

—¡Está bien! —concedió Max, con una sonrisa—. Entonces. Margot, vea al general y «a los otros», y dígales que ahora hablaremos.

La bella se alejó de allí y descendió hasta el vestíbulo. Penetró en el saloncito inglés donde, pese a haber quitado el cartelito de prohibición, los británicos permanecían en un altivo aislamiento. El general Raleigh se dirigió, impulsivo, hacia la mensajera.

—¡Díganos! —acució—. ¿Qué contestó ese tipo?

La mujer había recuperado parte de su aplomo. Se pasó una mano por los cabellos, queriendo acentuar el interés de sus palabras. Era, una actriz frustrada, y jamás tuvo un público tan pendiente de sus labios.

—Ahora bajará el ogro —dijo—. Por lo que a mí respecta, tengo ya

pasaje en su cacharro.

—Pero si usted no dispone ni de una maldita rupia —exclamó el general, colérico.

—Tal vez se lo cobre a ustedes en demasía —contestó Margaret, haciendo un discreto mutis de la escena central.

Sus palabras hicieron el efecto de un bombardeo. Los ingleses, hombres y mujeres, se agruparon, según sus lazos afectivos o familiares, discutiendo el asunto. Y la mayor parte de las miradas iracundas no se dirigieron a la vampiresa, sino, por el contrario, al general. Él había sido, con su intemperancia, el que convirtió un aliado en enemigo.

Pero a quién causó más impresión la malicia de Margaret, como puede imaginarse, fue a la ciega. Formaba un grupo íntimo con su tío, el esforzado misionero que había pretendido poner en aquel pueblo infiel una avanzada de la fe católica. Ambos no podrían pagar su pasaje ni intervenir en la conversación que se avecinaba. Su pobreza había de fiarse a la magnanimidad de Max Baxter.

El hombre en quien todos pensaban apareció a los pocos momentos, bien vestido y arreglado. Tabaleó en la puerta exterior, por un alarde de humorismo.

—¿Se puede pasar? —preguntó, sin ocultar la burla.

—¡Adelante, adelante! —exclamó el general, acercándose, cordialísimo, a su encuentro—. Le esperábamos. Se trata de que nos conceda pasaje en su avión, hacia la India o el Afganistán. A cualquier sitio fuera de este asqueroso país.

—¡Caramba! —contestó Max—. Llama usted asqueroso al país que les dio hospitalidad y donde amasaron su fortuna. Yo no diría sino desgraciado, y es suficiente. ¿Quieren volar? —preguntó, sonriendo—. Creo que nos entenderemos en la cuestión del pasaje...

Fue Archibald Donovan, rico comerciante en alfombras— y marfiles, quien habló primero:

—Supongo que se hará cargo de la situación, míster Baxter —dijo, avanzando—. No tiene usted ante sí más que a un par de docenas de emigrantes forzosos... Tres o cuatro horas de vuelo, y contará con nuestra gratitud eterna.

—Y nuestras rupias, supongo —murmuró sir Raleigh—. Fijemos el precio de la salvación.

Aquellas palabras eran como paletadas de arena que caían sobre el corazón de Edith, que oía la conversación desde un rincón de la estancia. No se trataba de ella, propiamente, pues sabía de antemano que sería rescatada sin dinero, lo mismo que su tío.

Pero... ¿qué había sido del desprendimiento del hombre que aquella mañana había vaciado sus bolsillos en beneficio de los humildes? ¿Iba a

convertirse en un mercader peor que Loreley, traficando con el terror y la angustia?

Ella no pensaba en el carácter deportivo de Max, que veía en aquella situación una digna respuesta al orgullo inglés. Ni podía intuir sus reacciones interiores, un poco confusas para su imaginación infantil. Oía, aterrada—creyendo hallarse a miles de millas de aquel lugar—, una conversación entre seres extraños y atrabiliarios.

—Pongamos quinientas rupias —dijo Donovan, el comerciante, Y cincuenta por cada cien libras de peso de los equipajes. Es un precio digno de ser aceptado.

—No llevaré otra carga que la que constituyan ustedes —replicó Max, al momento—. Si se pierden sus equipajes, seré el primero en lamentarlo. Y creo que aceptaré el precio propuesto... añadiendo un cero a la derecha. ¡Cinco mil rupias por cada uno, señores! Y una hora de tiempo para pensarlo. Al anochecer emprenderé el vuelo. Deben esperarme ustedes en el palacio del maharajá.

El general sintió que le volvía uno de sus frecuentes accesos de furor. Avanzó unos pasos con la mano levantada, tal y como si quisiera aplastar con ella a un insolente díptero.

—¡Jamás transigiré con un repugnante especulador como usted! —anunció—. Prefiero antes desafiar las furias de la horda. ¡Váyase de aquí, judío yanqui!

Varios ingleses le retuvieron, a duras penas. Y Max, que no había demostrado el menor temor ante su ira, se volvió desde la puerta, sonriendo.

—Ya saben ustedes —dijo—: dentro de una hora en el palacio de «él». Con cinco mil rupias en la mano y un maletín de viaje. De esta medida se eximen miss Latymer, su tío y... Margaret Evans.

—¡Bandido! —murmuró sir Raleigh, tratando de desasirse de las manos que le sujetaban.

Mister Latymer, el misionero, avanzó pausadamente desde donde se hallaba al fondo del salón. Al llegar al lado de Max se presentó, sonriendo expansivamente. No había animosidad en su rostro benévolo, enmarcado por las hebras de plata de sus cabellos y su barba. Tomó la mano del agente y la oprimió en silencio. Luego dijo:

—Lo siento, señor; pero yo no utilizaré su oferta en tanto que mis compatriotas estén en peligro. Ignoro lo que piensa mi sobrina, pero no cuento conmigo.

Max no respondió, porque sabía que todos los ingleses estarían dispuestos a la hora señalada. Correspondió a la presión de la mano del viejo y salió de allí. Cuando cerró la puerta, estalló una sarta de invectivas contra el americano.

Margaret asumió la defensa del ausente, por la cuenta que le tenía. Pero varias palabras cáusticas la hicieron replegarse sobre sí misma. Y como, al parecer, no tenía allí otra amiga que Edith, se acercó a ella, tomándola de las manos.

—Déjelos que hablen, querida —dijo a la joven ciega—. Son estúpidos y duros como negociantes. ¿Verdad que es encantador? —añadió, con exquisita volubilidad.

—¿Quién? —preguntó Edith, aunque sabía de sobra de quién hablaba Margot.

—Max, por supuesto. No es un avaro: solo quiere darles una lección. A mí me acogió bien, aceptó llevarme gratis y... ¡me besó! —dijo, bajando la voz.

Notó un perceptible sobresalto en Edith, y comprendió que había cometido una pifia. Su sorpresa fue mayor aún al ver que la joven se desprendía del anillo de oro y se lo entregaba sin vacilación.

—Le ruego que devuelva este anillo a Max —pidió— cuando le vea...

—Pero usted misma podrá hacerlo dentro de una hora, en el aeródromo de palacio —dijo Margot, deseando que se la tragase la tierra.

—¡Yo no iré! —siguió, lentamente, la joven—. En esta ciudad conozco hasta las piedras, y puedo andar sin ayuda de nadie. En la India, o en cualquier otro lugar del mundo, sería una desvalida total. Y no quiero confiarme a ningún hombre en lo sucesivo. ¡Váyase a arreglar sus cosas, y cumpla mi encargo! —pidió.

Los hombres que ocupaban el salón parecían haber llegado al más perfecto y total de los desacuerdos. Mientras unos estaban dispuestos a tolerar la cifra abusiva, otros—a cuyo frente estaban el general y el comerciante—se mantenían encastillados en sus conclusiones.

Pero todos decidieron desplazarse hasta el palacio del maharajá. En virtud de un aviso telefónico, Kalán les había ofrecido asilo en la ciudadela. Aquello era mejor que perderlo todo.

Y allí se encontraron, una hora después, con el aviador. Estaban reunidos en un salón regio, algunos provistos ya de sus maletines y el importe del pasaje. El regente los atendió con simpática cordialidad.

—Hasta el momento de su marcha, señores —decía—, pueden considerar el palacio como suyo. Parte de la guardia nos ha abandonado, pero es preferible así. Al menos, nos queda la seguridad de que los soldados restantes son fieles. Las señoras pueden pasar a la cocina y ocuparse de preparar la cena... Tenemos muchas horas por delante aún. Espero que el Gobierno central nos envíe ayuda en tanto. Si es que lo saben... —terminó, con desesperante tranquilidad.

Max estaba cerca de una ventana, desde la que se dominaba una amplia panorámica. Al fondo, por distintos sitios, se veían las hogueras de numerosos incendios. Sin necesidad de asomarse a otra atalaya,

comprendía que estaban rodeados de fuego. Poco a poco avanzaban los bandidos, aislándolos en un círculo cada vez más reducido.

—El avión me pertenece —dijo Baxter, con acento pausado—. Y pretendo salir de inmediato para Delhi. Puede quedarse con las armas, si gusta. Yo tengo carga para el regreso.

Kalán examinó a los reunidos. No todos poseían equipaje ni estaban en situación de marchar: se veía en los ojos de algunos de ellos una inquebrantable determinación. Incluso en las muertas pupilas de Edith, retirada en un rincón junto a su tío.

—Usted puede partir, en efecto —dijo el regente—. Pero tenga presente que, ante la situación creada por unos rebeldes, hemos de tomar medidas drásticas. Yo no abandonaré el palacio, por ejemplo... Y usted tampoco lo hará...

—¿Qué quiere decir? —preguntó Baxter, avanzando, agresivo.

—Le ruego que me permita terminar —contestó Kalán, calmoso—. Usted no lo hará tampoco, pilotando su avión, en tanto que todos los extranjeros no tomen pasaje en él. De lo contrario, se le encarcelará por haber causado heridas y la muerte indirecta de uno de los soldados de nuestro señor.

Max enfrentó los ojos oscuros, aparentemente mansos, del regente. Pero en su fondo, precisamente por esa falta de animosidad, observó algo peligroso que no le convenía desafiar. Se revolvió, mirando a todos los reunidos: solo pudo ver en ellos júbilo e ironía.

—Estoy harto de oír hablar de «él», con un miedo y un respeto casi supersticioso —dijo Baxter—. Intenté hablar con el maharajá para ofrecerle las armas que traje, y fui agredido sin previo aviso. Si el hecho de defenderme contra tres sicarios es un delito, soy culpable: y espero que me juzguen. De lo contrario me llevaré ese avión, con pasajeros o sin ellos. ¡Si es necesario lo tomaré por la fuerza!

Estaba magnífico, con los cabellos encrespados y los ojos pardos brillando de ferocidad. Pero no consiguió ningún resultado positivo con Kalán. Este dijo:

—Se le ha disculpado el desacato de querer hablar con el señor sin ser anunciado previamente. Y se le exonera de culpa si se lleva a los ingleses, paguen o no. ¡No puedo añadir más! —terminó el regente.

—¡Sí que puede! —tronó Max. Es usted una eminencia gris, el único rector de este país, en el que el maharajá no es sino un figurón, a lo que veo. Como súbdito americano, reclamo una entrevista con él en este momento.

Kalán no era capaz de demostrar emoción, educado en una severísima escuela de autodominio. Pero alzó la cabeza, y dijo:

—Ya que quiere ver al señor, acompáñeme. Para que, al mismo tiempo,

comprenda que es él libremente quien decide y no yo. ¡Venga conmigo!

Baxter se acercó, en su seguimiento, hacia una de las múltiples puertas ocultas de aquel palacio. Kalán manipuló con su mano derecha, seca y nervuda, sobre una moldura que corría de arriba a abajo de una columnata adosada a la pared.

En el acto se abrió parte de esta, deslizándose hacia el interior sin ruido. Ante un corro de miradas atónitas, Kalán y el americano desaparecieron en su interior. Luego, la puerta volvió a girar sobre sus goznes.

Atravesando un pasillo, otra puerta se abrió. Y por ella pasaron los dos hombres a una regia antecámara. Cruzada también, se ofreció ante sus ojos una alcoba suntuosa.

En el centro de un lecho, capaz de albergar a una familia numerosa, estaba acostado un hombre rechoncho, que contempló al americano con una mezcla de curiosidad y de recelo.

—Este es el americano, señor —dijo Kalán, luego de hacer una reverencia—. Y me pidió una entrevista con Su Gracia que no he visto el modo de rehusar.

—Hable, amiguito —pidió el soberano de aquel Estado—. No tenga prisa, ni se intimide por la presencia de mi secretario.

No había en su gesto y ademanes temor ni hostilidad hacia Kalán. Y Max lo comprendió así desde sus primeras palabras. Hizo una exposición sucinta de los hechos que le impulsaron a acudir a Chitral, aprovisionado de armas. No ocultó que era agente del F. B— I, y que, en primer término, tenía que defender los intereses de América, que no deseaba ver aumentado el poderío rojo. Después de explicarse, guardó silencio.

—Ahora —dijo Kalán—, míster Baxter desea especular con el pasaje de los ingleses. Y me he tomado la libertad de prohibirle la salida si no los lleva gratuitamente. Algunos están dispuestos a pagar, pero otros no pueden hacerlo.

Ante el maharajá se presentó un nuevo juicio de Salomón, que resolvió de una forma original:

—Creo que el señor está en lo justo al querer marcharse de aquí, pues yo mismo voy a hacerlo en mi avioneta. Páguele sus armas, ya que dentro de poco nos serán robadas. En cuanto al pasaje, es cosa que deben resolver entre los ingleses y él. ¡Yo me inhibo!

—¿Nada más, señor? —preguntó Kalán, sumiso.

—¡Nada más! Esto durará poco, amigo mío. Yo voy a abandonar el palacio mientras tanto. Si no quieres seguirme, delego en ti mi poder, voluntariamente. ¡La entrevista ha terminado!

Max hizo una pequeña reverencia y abandonó el curioso salón de audiencias. Iba contento. Había salvado el valor de las armas: Washington no tendría motivos de queja. Y podía transportar gratuitamente a los

ingleses.

Pero no sin darles una lección definitiva, así como al hermético regente. Secretario o poder oculto, una cosa era indudable: en cuanto el maharajá abandonase el palacio, sería el señor absoluto de la fortaleza. Y le importaría poco que esta ardiese por los cuatro costados. Era todo un carácter.

Cruzaron Kalán y él dos habitaciones, y, mostrándole el oriental una puerta inmensa, sacó un llavín y la abrió. Se encontraron en una habitación protegida con una segunda puerta de barrotes, a través de la cual pasaron los dos.

Al parecer, el palacio no se afectaba por el corte de luz. Sin duda algún grupo electrógeno suministraba fluido eléctrico, independientemente de la ciudad. Sobre el suelo estaban amontonadas las cajas que transportó Max desde Delhi. El joven estuvo examinando su contenido, pues algunos cajones estaban abiertos en parte. Sobre la tapa de uno de ellos estaba la ametralladora que Baxter puso en la carlinga del «Skyliner», en previsión de un ataque.

Volviéndola la espalda, Kalán manipuló en un arca empotrada en el muro y la abrió. Jamás estuvo Max tan a tiempo de cometer una felonía, si hubiera sido un malvado. Pero era, simplemente, un fiel depositario de los intereses de América.

—Aquí tiene usted sus cien mil rupias —dijo Kalán, entregándole un fajo de papel moneda—. Si a su avión le sucediese un accidente, eso le daría derecho a igual cantidad. Hay mucho dinero aquí —sonrió—, que dentro de poco pasará a poder de otro dueño.

—Pero las armas... —sugirió Max, señalando la mercancía recién traída.

—La violencia engendra la violencia, amigo mío —contestó el regente—. Gandhi nos enseñó a defendernos y triunfar sin armas, y yo soy uno de sus discípulos. ¡Salgamos!

La verja de hierro quedó abierta, y la llavecita que guardaba el acceso exterior fue a parar a uno de los bolsillos de Kalán. La guardó con tal indiferencia como si en vez de encerrar una fortuna y un arsenal correspondiera a un desván de trastos viejos.



No existe publicación ilustrada más popular que

AVENTURAS DEL F. B. I.

Y tampoco logran igualar el interés de

JEQUE BLANCO

Unicamente puede comparáseles con ella, otra nueva creación de EDITORIAL ROLLAN

MENDOZA COLT

El famoso aventurero de sangre hispana, que recorre el salvaje y peligroso Far-West para cumplir una misión justiciera.

**¡TODOS LOS JOVENES COLECCIONARAN
MENDOZA COLTI**

VII



E oyó el ronquido de un motor en el aire encalmado del salón. Los europeos se miraron unos a otros, con ansiedad. Por un momento pensaron que el avión de Max abandonaba el suelo paquistaní sin ellos. Solo la presencia del agente y su sonrisa les devolvieron la calma. Luego, el regente aclaró la situación:

—El señor acaba de marcharse —dijo, con voz reposada—. Arréglense ustedes de una vez con míster Baxter de modo que puedan también emprender el vuelo.

—Jamás convendré nada con él —dijo sir Raleigh—. Si es necesario, dispondremos la defensa del palacio. Si usted permanece en él, Kalán, yo estaré a su lado.

—No necesito defensa —contestó el oriental—. De un modo o de otro los rebeldes penetrarán aquí, o nos sitiarán por hambre. La ayuda habrá de llegar de fuera, o no vendrá.

—Este hombre es un mausoleo —murmuró Margot a oídos de Max. ¡Me cripa los nervios! Creo que lo mejor sería, querido, que preparase usted el aparato hasta que lleguen a un acuerdo.

—Sí —reconoció el joven—. ¡Es lo mejor! Procure distraerlos...

Margot era una mediocre actriz, pero una buena cantante. Pidió a Edith que se sentase ante el piano que estaba en el centro de la estancia, y atacó con voz suave la letra de una partitura.

El hecho suavizó la tensión, y todos se agruparon en torno a las dos mujeres. Mientras, Max se deslizó hacia la azotea superior, para revisar el aparato.

La mayor parte de la servidumbre había desertado, y no le fue difícil llegar al improvisado aeródromo impuesto por los tiempos modernos. Pero una desagradable sorpresa le aguardaba aún: un centinela, armado con un fusil, vigilaba la puerta metálica.

Y parecía incapaz de entender otro idioma que el dialecto burdo. Ni el inglés ni el bengalí le hicieron sensación.

Los intentos lingüísticos de Baxter le dejaron indiferente, así como la visión de un billete de mil rupias. Aquel tipo era incorruptible y mudo como una roca. Ante la insistencia del norteamericano permanecía inalterable, a la puerta del hangar, guardándolo con su cuerpo y su rifle.

La visión del «Skyliner» entre las sombras del cobertizo ponía a Max en una tensión intolerable.

Estaba dispuesto a llevar gratis a los ingleses, incluso a Kalán, si volvía de su acuerdo.

Pero no deseaba ceder a una intimidación: pretendía mostrar sus triunfos, y renunciar después a la recompensa.

Tenía otro motivo más. Vio a Edith sentada al piano, pulsando el teclado con sus dedos maravillosos, y observó la ausencia de la sortija. Esto le hizo suponer que la joven estaba molesta con él.

Quiso culminar, con un efecto teatral, su actuación. Cuando tuviera el avión en su poder, libremente, ofrecería acomodo a todos. Vidas y riquezas podrían salvarse gracias a él.

Incluso podrían inutilizarse las armas vendidas, si aquello agradaba a Kalán y a su absurda doctrina de apaciguamiento. El indio sabía que Max había luchado por ellos y lucharía una última vez, sacrificando minutos preciosos.

Sus pensamientos iban a ser truncados por la inflexibilidad del guardián. Molesto por la insistencia de Max, le rechazó de su lado con un ademán violento. Y en el acto se vio volteado por el aire, yendo a darse un encontronazo contra la pared que le habían encargado guardar.

Baxter se acercó a reconocerlo y observó que estaba sin movimiento, inconsciente. Su fuerza había salido triunfante una vez más.

Se adelantó al avión y subió a la carlinga. Trasteó en los mandos, observó el nivel del combustible y dio marcha.

El estruendo le ensordeció, aunque no había dado toda la potencia a los motores.

Las puertas, abiertas, permitieron el paso al pájaro metálico. Fuera ya del recinto, lo hizo deslizarse por la pista de la terraza, y lo dejó debidamente enfilado para emprender el vuelo una vez recibiera su cargamento humano.

Pero lo que recibió fue una rociada de disparos. No en su cuerpo, afortunadamente, pero sí en las partes vitales del avión. Una copiosa

humareda en el motor izquierdo le hizo mesarse los cabellos y prorrumpir en imprecaciones contra el vigilante armado y contra él mismo, por su acto irreflexivo.

Debió amarrar al individuo, desarmarlo. Ahora quedaba él mismo lastrado al país, como aquellos ingleses orgullosos.

Trató de apagar con un extintor el fuego incipiente, pero no pudo conseguirlo. Sin embargo, de algún modo tenía que alejar de allí aquel peligro.

Con gran riesgo de su vida hizo deslizarse la mole hasta el opuesto extremo de la terraza, y, rodeado ya por las llamas, saltó antes de que los tanques de combustible hicieran explosión.

Corrió por la terraza desierta como no lo había hecho en su vida, y, desdeñando al tipo, que había agotado su provisión de balas, penetró en el edificio. Nada más bajar al salón donde estaban los refugiados sintió la explosión, que puso un final trágico a la dulce melodía del piano.

Todos los reunidos, sin excepción, se agacharon, pensando que los rebeldes disponían de artillería y acababan de hacer blanco en la ciudadela.

Raleigh se dirigió a una de las ventanas abiertas y miró hacia el exterior. El fuego de los edificios seguía avanzando, lento e inexorable. Apenas unas cinco millas separarían a los bandidos de su objetivo.

—Es inútil que mire por ahí, general —dijo Max—. Un soldado acaba de disparar sobre el avión, incendiándolo. Es la explosión de los tanques lo que han oído...

La noticia dejó abatidos a los oyentes, y él militar avanzó, iracundo, contra Max. Sus cabellos chamuscados le dijeron algo.

—¡Ah perro! —dijo—. ¿Pretendía usted huir solo? Voy a darle su merecido.

—¡Quieto, sir Raleigh! —ordenó Kalán—. Míster Baxter estaba en su derecho, después de todo.

No era ocasión de justificarse, y Max no lo hizo. Por el contrario, se acercó al regente y sacó el dinero de su bolsillo.

—Me figuro que habrá automóviles aquí —dijo—. Quiero comprarle uno, al precio que sea —pidió.

—Yo no vendo —fue la sorprendente respuesta—. Por el contrario, aún le debo a usted el valor de su aeroplano—. Tome el coche que quiera del garaje y salga con él. ¡Y que tenga suerte!

—Sí. ¡Que se marche! —contestó el general, despectivo—. Tal vez le dejen escapar los otros. ¡Es tan bandido como ellos!

—Venga por aquí, míster Baxter —dijo Kalán, sin hacer caso de los improperios que se elevaban contra su acompañante.

Max rehusó también tomarlos en consideración. Siguió a Kalán nuevamente hasta la caja de caudales.

—Lo mismo sería dejarla abierta de par en par —dijo el indio, penetrando en su interior—. Pero aún desconfío. Estamos rodeados de traidores...

—¿No me considera a mí uno de ellos, entonces? —preguntó Max.

—¡Nunca! Haga lo que haga, respetó su punto de vista, como quiero que se respeten los míos.

Otro fajo de rupias fue entregado al americano. Kalán agregó una piedra preciosa de regular tamaño: un rubí tan rojo como la sangre.

—Es un regalo particular —explicó—. Por su comportamiento en Delhi, del que tenía noticias. Llévase un automóvil, y... ¡espero que vuelva! Daré orden de que un vigilante fiel le baje el puente levadizo y permanezca a la expectativa.

Era un misterio para Max el modo con que su interlocutor adivinaba sus próximos pasos. Apenas estaban delineados en su cerebro, y ya el indio los comprendía al detalle. Al salir, acabó de pasmarle.

—Sé que no tendrán éxito sus gestiones —dijo—; pero puedo ofrecer, en el caso de que fracasen, mi vida a cambio de la de los blancos. ¡Esto satisfará al agresor!

Max buscó la mano del oriental y la oprimió en silencio. Kalán aceptó de buen grado el saludo exótico.

—No diga a los demás lo que pretendo —pidió el agente, al alejarse.

La inmensa puerta exterior le fue abierta, y, a una señal de Kalán, el americano fue conducido hasta el garaje. Desdeñando el soberbio «Issotta-Fraschinni» del maharajá, eligió un «jeep», ligero y capaz, y salió con él de estampía hacia el Sur.

Atravesó las calles de Chitral, casi desiertas. Fuera ya de la ciudad se dirigió por los campos, eludiendo las carreteras con su caravana interminable de gentes humildes. Atravesó dos arroyos, desdeñando los puentes, y fue acercándose al cinturón de llamas que envolvía el horizonte.

Llevaba los faros encendidos, y de vez en cuando hacía sonar el «claxon» del vehículo. No era necesario esto último, y mucho menos para una fuga como sugería el general inglés. Su avance ruidoso tuvo el resultado apetecido.

Una patrulla armada le dio el alto, y, al detenerse, le cachearon superficialmente. Eran auténticos bandidos, sucios y desaharrapados, de rostro brutal. Max les hizo comprender, en bengalí, que deseaba hablar con el jefe de las tropas, y uno de los asalariados ocupó un asiento en el vehículo, junto a Baxter.

El «jeep» prosiguió la marcha, ya orientado. Algo más tarde llegaba el americano a una casita aislada en el campo, iluminada con luz eléctrica. El corte había sido dado en las inmediaciones, sin duda.

Varios soldados se aprestaron a recibirle en actitud ofensiva. Pero contenidos por los guardianes de Max, se replegaron, sin abandonar su aire

de amenaza. El agente del F. B. I. pasó a la primera habitación de la casa.

Y allí recibió una formidable sorpresa, al encontrarse al hombre de rostro rechoncho, vestido de negro, que le interpeló en el hotel proponiéndole la venta de las armas. No era un espía de Kalán, como sospechó entonces, sino un esbirro de los bandidos. Avanzó hacia Max con aire autoritario.

—¡Bienvenido, señor! —dijo, con tono de burla—. ¡Al fin despertaron sus impulsos de negociante!

Los dos hombres que acompañaban a Max, custodiándole, se detuvieron. Y el gigante empezó a registrar al joven, sacándole de los bolsillos cuanto contenían. Sus ojos brillaron codiciosos.

—Un gran botín, a lo que veo —murmuró, al guardarse el rubí con pasmosa habilidad—. Pase, el jefe le recibirá enseguida.

No fue tan cordial como sus palabras hacían suponer. Cogiendo del cuello a Max, lo hizo pasar a trompicones a una salita en la que un hombre esperaba. Varios dirigentes de menos categoría hacían consultas sobre un plano.

—Este es el tipo de las armas, Kutcán —dijo el «introduccionista», empujando al joven hacia la mesa del jefe—. Y aquí está lo que encontré en sus bolsillos.

—Reclamo un trato digno —protestó Max—. He venido como emisario, y no como prisionero.

El tipo de rostro mogólico cerró los ojos, como escondiendo su fulgor entre la cortinilla de los párpados. Ofreció una silla ocupada, y el que la detentaba se levantó como si le hubiera, picado una víbora.

—Siéntese —dijo—. ¡Le escucho!

—Se trató de lo siguiente —empezó Baxter, más sereno—. No me interesa la pugna entre ustedes y los de Chitral. Quiero salvar, tan solo, a los blancos que permanecen en la ciudadela. Y ese dinero, que voluntariamente he traído, puede ser su rescate.

El asiático miró los billetes con escaso interés. Antes bien, escrutó el rostro del joven, enfocando un flexo hacia el hombre moreno. Luego habló:

—Si me dejara llevar por mi impulso, le mandaría fusilar ahora mismo. Usted desarticuló en Delhi parte de nuestros esfuerzos. Pero defendía sus bienes, y aquello fue justo. Por otra parte, no puedo garantizarle la vida de los blancos. Es imposible contener un torrente. Si caen en manos de mis hombres, no hay fuerza humana que los libre. ¡Es la revolución, con todas sus consecuencias!

Max comprendió que el individuo decía la verdad. Ni aun proporcionándoles una nutrida escolta podrían llegar al Sur. Varias millas entre bandidos dedicados al saqueo lo impedían. A medida que se acercaba la victoria, sus afanes bestiales se desataban más pujantes e incontenibles.

Reflexionó.

—Ustedes han cortado la luz —dijo Max—. Y el teléfono... Pero aquí hay ambas cosas, y me imagino que no habrán perdido la conexión con Delhi...

El mogol distendió su boca en una amplia sonrisa. Al parecer, no era torpe. No debía serlo para conservar su jerarquía.

—Sé que su avión ardió, amiguito —exclamó—. Recibo las noticias incluso de dentro de la ciudadela. ¿Quiere usted avisar a su socio para que le mande otro aparato?

—Ese es mi deseo —contestó Max, maravillado.

El llamado Kutcán hizo un gesto, y uno de sus oficiales manipuló en uno de los teléfonos de campaña. Del otro lado de la línea le contestaron.

—Cinco minutos de espera, jefe —exclamó, sin más comentario.

Después de un gesto de asentimiento, el mogol siguió la conversación interrumpida.

—Puede usted pagarme este servicio —empezó—, pero no con dinero. Tomaremos el que queramos en cuanto entremos en la ciudadela. Sé que hay un verdadero tesoro, y procuraré que ninguno de mis hombres lo toque. ¡Guárdese sus billetes!

—Pero son rupias auténticas —exclamó Baxter—. Válidas en cualquier país civilizado.

—Papeles... —murmuró Kutcán, despectivo—. Me interesan el oro y las riquezas de un valor intrínseco—. Esas rupias serán anuladas por el Gobierno en cuanto se entere de los hechos. Lléveselas. Tal vez a usted le sirvan.

—Entonces... ¿con qué pagaré el favor? —preguntó Max, temblando.

—¡Con informes! —contestó el mogol—. «Necesito saber» —dijo, acentuando sus palabras, lo que el regente va a hacer con las armas automáticas que usted le ha suministrado.

—Yo no le traicionaré —anunció Max, fríamente.

Una chispita de admiración brilló en las extáticas pupilas que le observaban, acechantes.

—Ya lo sé —dijo Kutcán—, y esa es mi garantía. Usted no me traicionará a mí tampoco. Quiero tan solo que Kalán hable de las armas en voz alta. ¡El resto es cosa mía! Sé que es inflexible, y que se consideraría deshonorado si faltase a su palabra. En cuanto a la de usted, míster Baxter, basta con que me asegure que no dirá a nadie de lo que hemos hablado.

—Se lo prometo, a cambio de la libertad de los blancos y de cualquier persona que desee abandonar la fortaleza.

—La tendrán los blancos —dijo el jefe de los bandidos, con una firmeza que no admitía discusión—. ¡Kalán es cosa mía!

El repiqueteo del teléfono sirvió de remate a sus palabras, que dejaban adivinar malignos pensamientos. Al tender el micro a Baxter, el mogol

advirtió en voz baja:

—¡Ni una palabra sobre lo que sucede aquí! Ninguna frase de doble sentido. Limítese a pedir un avión, con cualquier pretexto.

Ya se oía al otro lado de la línea la voz que inquiría noticias, insistente, cuando Max cogió el teléfono. No le costó trabajo identificar a Tommy al extremo del hilo de su receptor.

—¡Aló! Oye, Tommy, estoy en apuros —gritó—. Necesito que me mandes otro avión.

—¿Qué hiciste de las armas? —preguntó el judío—, habla alto...

—Ardió el «Skyliner» —contestó el americano—. Y necesito que vengas con un aparato...

—Vuelve en tren —contestó a su vez Cohen—. Sé que en ese condenado país perderás días enteros, debido a la arbitraria división de sus fronteras. Pero coge un tren hasta Lahore, y allí empalmas con la línea aérea de...

—¡Escucha! —gritó Baxter, apagando las sugerencias—. ¿Me oyes bien?

—Sí. ¿Qué quieres?

—No me hagas un itinerario, y obedece. Coge un avión y vuela hasta Chitral. Te haré señales luminosas si es de noche. De lo contrario, aterriza en lo alto de la ciudadela. ¡Es necesario y urgente!

Max colgó el teléfono, con un gesto de ira. En realidad, estaba de muy mal humor. El llamado Kutcán pareció comprender.

—No se sabe nada aún de lo nuestro —dijo—. Cuando lo averigüen, estaremos al otro lado de la frontera.

—¿Rusa? —preguntó Max, ceñudo.

—Tibetana —replicó Kutcán, aunque venía a decir lo mismo—. Vuélvase usted a Chitral, míster Baxter, y recuerde el pacto. Nadie debe saber que tengo vivo interés por las armas...

—Lo sé yo —afirmó, valientemente, el joven.

—Usted no figura en mis planes. Atacaremos Chitral en cuanto despegue el avión que pilote su amigo. Y me figuro que no cometerá la torpeza de quedarse...

Ambos hombres estaban en pie, frente a frente. Max quiso apurar sus habilidades dialécticas.

—Suponga que me quedo —dijo—. ¿Me matarían?

—¡Jamás! —fue la pronta respuesta—. La vida y bienes de los parlamentarios deben ser respetados. Y no consentiré violencias sobre ellos —terminó, enfático, el mogol.

La noticia le pareció a Baxter maravillosa. Se detuvo en el círculo hostil cuando ya caminaba hacia la puerta.

—No me diga... Acabo de recibir un trato desagradable de este hombre

—dijo, señalando al coloso vestido de negro.

El hombrón demostró su turbación. Agachó la cabeza, como deseando desaparecer tragado por la tierra. Max vio en los ojos crueles de Kutcán una sentencia.

—No es necesario que se moleste —explicó el agente especial—. Yo mismo puedo tomarme justicia.

Lanzándose como una flecha contra el tipo corpulento, Max le sujetó por las solapas de su larga levita. Varios soldados apuntaron al joven, y nunca estuvo tan cerca de la muerte. Pero un ademán del mogol hizo bajar las armas.

Max golpeó una sola vez al aturdido. Con precisión matemática, en el centro de su barbilla. El coloso cayó fulminado, casi «groggy», y el americano sacó de su bolsillo la piedra preciosa que le entregó Kalán. Mostrándola, antes de guardársela, dijo:

—Era el botín de guerra de este maldito —exclamó, dándole con el pie—. La forma que tenéis de tratar a los parlamentarios.

El mogol abandonó su aire hermético. Pareció ahogar la ira y el furor contenidos. Cuando el americano volvía la espalda, tronó:

—¡Fusíladlo!

Max siguió avanzando. De un momento a otro esperaba que alguna mano nervuda se apoyase en su hombro. Entonces se volvería y lanzaría la muerte a voleo. Desgarraría con sus manos la carne palpitante; desposeería de un arma a uno de sus inmediatos captores y mataría. ¡Mataría mientras le quedasen fuerzas!

Avanzó hacia el «jeep», parado delante de la casa. Encendió la ignición y salió hacia el Norte, cortando a campo traviesa. Cuando se vio solo, comprendió el error por el que acababa de pasar. Y bendijo el dominio de sus nervios. ¡No había sido contra él la orden de Kutcán!

Estaba a más de una milla de la casa convertida en cuartel general, cuando oyó varios disparos juntos, muy seguidos. Luego todo quedó en silencio.

Suspiró.

¡Un traidor acababa de recibir su merecido!

VIII



Le produjo estupor su llegada a la ciudadela, mayor aún fue la sorpresa que causo su hermetismo. Fue en vano que algunos hombres le preguntaran acerca de su fallida tentativa de escapar. Y Kalán no dijo nada ni hizo ninguna observación. Aquel individuo respetaba la libertad humana en su más amplia expresión.

Ya los ingleses, al mando del general Raleigh, habían dispuesto la defensa de la ciudadela. Con las armas de fuego—absurdas y elementales unas, modernas y flamantes otras—que ornaban las panoplias de los salones. Pero Kalán se mostró inflexible en cuanto a entregar las armas automáticas aportadas por Max.

—¡No se utilizarán! —dijo—. Y les advierto que abusan de la hospitalidad tomando esas otras. No seré yo quien añada yesca a esta incipiente guerra civil...

Una de las veces que abandonó el salón central, Baxter le siguió a alguna distancia. Le vio dirigirse a un oratorio, que sustentaba una figura inmensa de Budha, e inclinarse ante ella, empequeñeciendo su figura al postrarse. Sin embargo, jamás Max le vio más grande que en aquella humildísima actitud.

Colgado de la pared, cerca del ara, había una fotografía del mahatma Gandhi, el hombre que supo salvar un inmenso país con mansedumbre y resignación. El orante era uno de sus discípulos. Todo el fatalismo de la India parecía hallarse representado en él.

Deslizándose por pasillos y habitaciones desiertas, rehuendo el contacto hostil de los ingleses, Max encontró a Edith. Caminaba sola,

intentando identificarse con la topografía del palacio. La aguardó junto a dos escalones que hubiesen hecho caer a la joven, y la tomó de un brazo, en silencio. Era corriente ver aquella actitud en todos los que rodeaban a Edith en parecidas ocasiones.

—¡Gracias! —murmuró la joven, con una tranquila sonrisa—. Pronto me habituaré.

—No tiene por qué darlas, Edith —contestó él.

Un gesto de sorpresa, más bien de desagrado, nubló el bellissimo rostro de la joven. Se zafó del brazo que la auxilió, diciendo:

—Ignoraba que era «usted», míster Baxter. ¡Gracias, de todos modos! Sentí que no se salvase cuando huyó con el «jeep». También he sentido que el avión se incendiara...

—Edith... —murmuró él, angustiado—. ¡Todo sigue lo mismo entre nosotros!

—No —replicó ella—. Me enamoré a ciegas, y así salió. En vez de un joven valiente y desinteresado, me encontré con un comerciante sin entrañas, capaz de comerciar con la angustia o de vengarse de una repulsa. ¡Ya no le quiero! Le ruego que acuda al lado de Margot: debe sentirse sola y apenada...

Era mejor no insistir. Elaborador de un proyecto atrevido, el venirse abajo convertía a Max en un histrión. Aquel frustrado golpe de efecto fue su peor enemigo.

Desistió de la súplica y bajó hacia la cocina, donde la espléndida morena se ocupaba de condimentar en unión de otras mujeres. Un poco más allá, la esposa del general preparaba activamente vendajes, desgarrando sábanas y arrollando las tiras.

Al ver a Max y observar su aire abatido, se dirigió hacia él. Le puso una de sus manos gordezuelas en el hombro.

—Debe usted perdonar a mi esposo, amigo mío —dijo, con voz afectuosa—. Conserva aún su rigidez castrense, y el recuerdo de lo que fuimos en este país —suspiró al añadir—: No se hace cargo de que, a tiempos nuevos, deben corresponder modos nuevos...

Max se apartó de la buena mujer.

—Envidio al general —dijo a su vez—. Pero no por eso olvido que tenemos una cuentecita pendiente.

—Tal clase de cuentas mi marido es incapaz de desatender su pago —murmuró, con una sonrisa, mistress Raleigh—. ¿Quiere avisarles que la cena está preparada?

Baxter abandonó el local. Deseaba encontrar ocasión de hablar a solas con Margot, para preguntarla el porqué del interés de Edith hacia ella. Pero, aunque no lo hizo, no fue necesario. La esposa del general observó que Max no había cambiado ni una palabra con la exuberante morena, y ello

demostraba que no existía intimidación entre ellos.

Si algo bueno tienen la guerra y el peligro, es que las fórmulas sociales desaparecen entre sus víctimas.

La cena transcurrió lenta y triste, mientras algunos de los ingleses, con los escasos sirvientes, montaban la vigilancia. Kalán fue de los que no acudieron a reponer fuerzas. Sin duda se mantenía con poco. Su cuerpo enjuto demostraba que era partidario del ayuno.

Durante largas horas, Max montó la guardia en el sitio que le fue designado. Tenía sus razones para acechar al exterior, ante el lento e inflexible avance de los bandidos. Esperaba oír de un momento a otro el zumbido del avión que había de transportar a Tommy. Y tenía preparado ya un bidón de gasolina, para marcarle su rumbo en la noche.

Al fin, próximas las primeras luces del amanecer, se oyó, el rítmico zumbir de un aparato. Max ahogó una maldición, mientras brotaban de todas partes seres ansiosos que corrían a su lado.

—Este idiota ha traído el avión pequeño —murmuró el joven entre dientes.

Cuando uno de los ingleses, atónito, llegó a su lado cerca de la terraza, Max le entregó el rifle de cazas que sostuvo en las manos durante horas, y, recomendándole que vigilase bien, se lanzó hacia las sombras.

En breves minutos derramó algo de gasolina en una doble paralela, cerca de los bordes de la inmensa terraza. Prendió fuego con un fósforo al rastro combustible, y se colocó en el centro de las llamas, agitando sus brazos como las banderas de un código de señales.

Adivinó una multitud de rostros curiosos tras de las ventanas, y sintió avanzar la trepidación del avión. Este se posó como una gaviota sobre el piso embaldosado: tenía la ventaja de su tamaño para un perfecto aterrizaje. Una carlinga se descorrió, asomando el cuerpo de Tommy, que saltó a tierra. Y, ya en ella, corrió al encuentro de Max.

—Por las barbas de todos mis antepasados —comentó Cohen—. Parece que no te agrada mucho verme. ¿Qué pasa aquí? Por todas partes hay fuego. ¿Los encendieron para recibirme?

—Di más bien para despedirte, mostrenco —contestó Max—. ¿Por qué no trajiste el avión grande?

—Por la sencilla razón de que no me lo has pedido —dijo Tommy, palideciendo—. ¿Es que no te basta con la avioneta para volver?

—Han sucedido muchas cosas. El «Skyliner» se incendió, y esto será dentro de poco un volcán —contestó Max, sombrío.

Interrumpió las jeremiadas de Tommy poniendo en sus manos los dos fajos de billetes. El contacto de las rupias dulcificó el rostro israelita. Había lágrimas en sus ojos cuando preguntó:

—¿Quieres explicarte? Has vendido ambas cosas y estamos dispuestos para la marcha. Dentro de un par de horas habremos abandonado este

maldito país...

—Creo que no podrás llevarte más de una docena de personas, Tommy —murmuró su amigo—. Y el doble tendrá que esperar hasta que vuelvas, si es que llegas a tiempo. Voy a avisarles. Sube tú y dale la vuelta a este bote.

Max se lanzó hacia el salón nuevamente. Al llegar allí, anunció:

—Siento decirles que los hombres tendrán que continuar aquí. Solo hay sitio para las señoras, por el momento. Y nada más el avión emprenda el vuelo, se iniciará una ofensiva contra los que queden en el palacio. ¡No hay tiempo que perder!

—Parece usted muy enterado de los asuntos de los bandidos —renegó el general Raleigh—. ¿Consiguió que le permitieran telefonar para pedir un avión?

—No tengo tiempo de explicarme —contestó Baxter—. Las señoras serán llevadas a Delhi absolutamente gratis. Sin equipaje alguno —aclaró—. No pierdan ni un segundo.

Aquello no era tan fácil como parecía. A excepción de Margot, que se apresuró a salir, las otras no querían separarse de sus esposos. Alguien sugirió que aquello era una trampa. Luego, poco a poco, fueron desfilando figuras desoladas. Max estaba al lado del aparato, ayudándolas a subir.

La última en llegar, la mujer del general, susurró:

—Edith Latymer se niega a acompañarnos. Ha sido imposible cuanto hice por convencerla.

—¡Vamos! —acució Tommy. Sube aprisa, Max. ¡Voy a despegar!

Apenas se le veía el rostro en las sombras de la noche, pues hacía rato que las llamas de la bencina se habían extinguido. En el aire flotaba una acre humareda, y ya se alcanzaban a oír los disparos de los atacantes, actuando con vesánica eficiencia.

—No puedo irme, Tommy —gritó el joven—. Vuelve pronto y de día, si te es posible. Y no aterrices en caso de que no me veas hacerte señas desde aquí.

—No iré sin que nos acompañes, Max —protestó el judío—. El servicio perdería su mejor agente, y yo un amigo...

—¡Aprisa, estúpido! —insultó el joven.

Sabía cómo irritar al Tommy, cómo acallar el dolor lacerante de la despedida. Y lo consiguió. La carlinga se cerró con brusquedad, mientras el piloto murmuraba:

—Ahí te quedas, quijote. Si no tengo la suerte de regresar pronto...

Sus últimas palabras, en el caso de pronunciarlas, fueron ahogadas por el estrépito de los motores. El faro del avión rasgó el manto de la noche, que protegía las asechanzas de los bandidos. Dando un grácil salto, el avión se remontó, perdiéndose en el espacio.

Max volvió al edificio. Advirtió la mirada de extrañeza del vigilante,

que cerró la puerta y volvió a montar la guardia. Ya se cruzaban algunos disparos de aviso entre atacantes y atacados, preámbulo fatal de una ofensiva simultánea y sangrienta.

Cada hombre estaba parapetado detrás de un hueco, con arma preparada. Algunos miraron con hosquedad a Max; otros, con una lucecita de agradecimiento en las pupilas; todos ellos, tristes, sabían lo que se avecinaba.

Yendo en busca de Kalán. Max se encontró con Edith. Estaba sola, apoyada cerca de una ventana interior. Escuchaba el zumbido del avión en el que se figuraba que escapó el joven.

Contenía sus sollozos oprimiéndose el pecho con las manos. En su mudez, su aislamiento y su ceguera, parecía la imagen del dolor. Max la tomó de una mano, llevándola hasta un sitio resguardado. No dijo una palabra.

Siguiendo el curso del brazo y antebrazo del joven. Edith ascendió con sus manos hasta el rostro del americano: lo tocó, y llegó a palpar el remate de sus cabellos.

—¿Quién eres? ¡Di! —pidió, con voz ahogada.

Por toda respuesta, Max se acercó más a la joven y oprimió sus labios con un beso. Edith no intentó separarse: pareció presa de un dulcísimo desmayo. Tenía al hombre que amaba entre sus brazos. Ya podía la muerte aletear en torno de ellos, apresarlos. Aquella felicidad dulce y sosegada no podría arrebatársela nadie.

—¡Querido! —murmuró al cabo—. Siempre esperé que te quedases aquí. Acabo de encontrarte de nuevo, y ya no nos separaremos...

El tiroteo era más nutrido cada vez, aunque incruento por entonces. Los sitiados se limitaban a dar muestras de su presencia; avisos que eran una clara señal de que la plaza no se rendiría sin lucha. Max, enlazando de la cintura a Edith, como si se hallasen paseando por un deleitoso jardín, se acercó a Fred Latymer.

—Vengo a pedirle la mano de su sobrina —dijo—. Y que nos case en este momento y lugar.

—Sí, tío —añadió la joven, transfigurada—. ¡Quiero a este hombre!

Un silencio casi religioso se hizo al avanzar Kalán hacia el grupo. Su rostro cetrino parecía aureolado por un nimbo de bondad y mansedumbre.

—Si me lo permiten —dijo—, serviré de testigo. Y pediré a mis dioses que les sean propicios.

El misionero no vaciló. Abrió su breviario y murmuró las palabras de ritual.

—Max, ¿deseas tomar por esposa a Edith, protegerla y ampararla, defenderla con tú propia vida y...

Un bisbiseo de plegaria surgió espontáneo de los hombres armados.

Abandonando momentáneamente la guardia, poseídos de la emoción del momento, contribuyeron con sus rezos hasta el final de la sencilla ceremonia. Desdeñando los disparos, cada vez más cercanos, las voces y gritos de estímulo. ¡El golpe que anunció que el puente levadizo acababa de dar paso a la horda!

Un estampido horroroso se oyó en el piso bajo. Una masa golpeaba con algún artificio la puerta de entrada, tratando de arrancarla de sus goznes. Todo el edificio pareció estremecerse.

—Quédate ahí, querida —suplicó Max, lanzándose a la carrera tras de Kalán, que descendía las escaleras—. ¡No te muevas! —gritó, ya desde lejos.

El tiroteo por parte de los sitiados se reanudó. Docenas de sombras saltaban hacia la terraza y los patios interiores, deslizándose por escalas y cuerdas. Uno de los ingleses cayó, con el pecho atravesado de un balazo.

Edith, rezando, permaneció sentada en la silla donde la dejó su esposo, obediente y feliz. En virtud de su abstracción, de su cariño, allí permanecería hasta su regreso. So pena de ser arrastrada por los enemigos.

Kalán había terminado de bajar las escaleras del palacio, y avanzaba a pie firme hacia la puerta que se tambaleaba, cediendo a cada acometida. Su figura enteca y severa no vaciló en medio de aquel mare mágnim de violencia. Ni siquiera tenía las manos crispadas en el momento supremo.

Por una de las astilladuras de la inmensa puerta asomó la boca de un fusil. Se oyó un disparo, y el cuerpo del asceta cayó al suelo, con las manos enlazadas en un supremo gesto de perdón.

Influídos por doctrinas extrañas por sentimientos de pillaje, aquellos que le atacaban eran hermanos de raza. ¡Algún día se darían cuenta de su inmenso y dramático error!

Max no llegó a tiempo de evitar la desgracia, pero arrastró el cuerpo caído fuera de la línea de fuego. La puerta, con su marco inmenso sujeto al muro, amenazaba desplomarse de un momento a otro. Igual que el puente levadizo, para vomitar sobre el palacio una legión de desalmados.

—¡Animo, Kalán! —pidió el americano—. Voy a transportarle.

El moribundo abrió los ojos, dulces, enmarcados por un dolor que pugnaba por no exteriorizarse. Miró a Max con una sonrisa de renunciación.

—Es inútil, amigo mío... —dijo—. Ese hombre... me acertó bien... Yo le perdono, y... que Budha permita que sean sus pies los... primeros que... pisen mi cadáver...

No dijo más. No pudo decirlo, porque había muerto. Max notó que el brillo de las pupilas se iba apagando, y prefirió dejar el cuerpo inerte, sin vida, donde deseó estar. Atravesado en la escalera.

Pero hizo algo más a continuación. Rebuscó en los bolsillos de Kalán,

mientras la puerta iba desprendiendo de su quicio enormes trozos de argamasa. Cuando encontró la llavecita dio un alarido bestial, furioso.

Con trancos desalentados remontó la escalera. Los hombres que le acechaban arriba no necesitaron preguntarle a dónde iba. Le siguieron como lobos, dispuestos a repartirse una presa.

Max insertó la llavecita en la cerradura de la habitación blindada. Sin detenerse, cogió la ametralladora que yacía a su alcance. Uno de los ingleses le siguió con una pesada caja de municiones.

Los dos hombres bajaron la escalera, y llegaron hasta el inmenso pasillo del vestíbulo en el momento en que la puerta se abatía con estruendo. Como eco de sus risas y gritos de júbilo, los bandidos recibieron plomo hirviente en las entrañas.

—¡A ellos! —gritaba el invicto jefe de bandidos, arengando a su tropa—. No pueden resistir.

Pero Max estaba dispuesto a hacerlo. Por defender a Edith y a la civilización. Acababa de prometerlo en la ceremonia de su casamiento, y lo había jurado sobre el cuerpo aún tibio de Kalán, el héroe pacifista.

Plantado en el centro del pasillo, bien asentados sus pies sobre las macizas piernas, era como si vertiese un chorro de plomo fundido sobre un hornaguero. Sus manos, al asir la ametralladora, describían arcos en abanico. Cortando piernas y convirtiendo a los bandidos en seres infrahumanos.

Ellos entraban en tromba, gritando y disparando, acuciados por Kutcán. Pero el único adversario no cedía un palmo de terreno. Y, como un eco glorioso de su gesta, en el piso superior se multiplicaba el tableteo de más ametralladoras, que iban aniquilando a los osados que buscaron otros caminos de acceso.

Al cabo, un montón pavoroso de cadáveres y de heridos se formó ante la puerta. Hubo un perceptible movimiento de retroceso entre los atacantes, que aprovechó Max para pedir a su auxiliar:

—Baje más armamento. Quiero hacer una descubierta, y necesito que alguien cubra la entrada.

—¡Es una locura! —protestó el hombre.

—¡Ya lo sé! Pero es mayor aún dejar paso mientras queden enemigos. ¡Obedezca!

El hombre se precipitó escaleras arriba. En el segundo piso, cuatro hombres, afanosos, estaban desembalando ametralladoras y montándolas con prisa febril. El enviado de Max explicó lo que el joven quería. Y sir Raleigh cogió uno de los mortíferos armatostes, señalándole otro.

—¡Vamos! —dijo—. Le sigo...

Los dos ingleses descendieron al piso bajo. Ya estaba Max dispuesto cuando los vio bajar. Y el general se maravilló de verle combatir a pecho

descubierto, rodeado de un imponente montón de víctimas.

Jamás un hombre solo había hecho tal destrozo con una máquina automática. Tenía razón Kutcán al temer su uso.

Al ver llegar a sus compañeros, Max avanzó hasta encontrarse en el exterior del edificio. Y llegó en un momento oportuno, pues los bandidos estaban preparando un paquete de explosivos para arrojarlo dentro del edificio. El mogol los alentaba, premioso.

—No hace falta que se den tanta prisa —gritó Max—. Aquí traigo el fulminante.

Una verdadera rociada de balas cayó sobre el numeroso grupo de forajidos. Kutcán fue uno de los primeros en caer, herido. Y alguna bala debió alcanzar los paquetes de dinamita, porque una explosión horrenda conmovió el aire y arrojó por el espacio a sus más inmediatos manipuladores. El mismo Baxter fue zarandeado por la expansión de los gases.



... unos hombres afanosos estaban desembalsando armatruadoras...

Otros hombres avanzaban hacia él, escalando reductos inverosímiles. Y mal lo hubiera pasado de no aparecer en aquel momento sir Raleigh y su compañero, atacando con fría ferocidad. Formaron alrededor del joven un doble parapeto de fuegos cruzados.

Como culminación victoriosa, varias ventanas se abrieron en los pisos de arriba y surgió un verdadero diluvio de balas.

A pecho descubierto luchaban los valientes defensores, atacando con tal precisión que los bandidos caían a racimos, quedando algunos partidos

materialmente por la metralla.

Gritos, alaridos e imprecaciones culminaron aquel caos horrendo, vorágine de fuego y plomo. Los asaltantes que corrían hacia el puente levadizo para salvarse, eran acribillados en su cobarde fuga.

Y los más de los bandidos, cegados por el asombro y el miedo, se arrojaban por lo alto de las murallas, yendo a rebotar siniestramente en el abismo.

Al encontrarse sin la dirección de Kutcán, obraban sin una iniciativa juiciosa. Y por todas partes parecían perseguirles los abejorros homicidas, que buscaban sus cuerpos. Habían sembrado el furor en un enjambre, y resultaban sus víctimas.

Se encontraron grandes cantidades de explosivos, de las que llevaban los asaltantes. Con ellas se dispuso la voladura del puente levadizo, y se dejó aislada la fortaleza. Nadie podría rebasar fácilmente aquel obstáculo, el abismo creado en pasadas épocas medievales.

Los ingleses procedieron a la labor de limpieza de la ciudadela, atacando con saña a los últimos enemigos con vida. Luego vino el recuento de las bajas propias, que gracias al valor de Max fueron mínimas. Se atendió a los heridos y se esperó la llegada del nuevo día.

No fue solo Tommy Cohen el que regresó. Mientras que él descendía en la terraza, otros aviones formaron nutrida cuadrilla, volando en rasante y persiguiendo a los bandidos. Y el elemento civil, alentando, la esperanza de reconstruir sus hogares y recuperar sus tierras, se convirtió en paladín de la Justicia.

Había allí una fuerza inmensa, encauzada por los sentimientos inevitables del afán común. Los campesinos se dispusieron a rescatar sus bienes, a volver a los hogares de que habían sido lanzados por la violencia.

Por otra parte, desde el Sur avanzaban contingentes de soldados paquistaníes, avisados por Tommy nada más que pisó tierra. Porque, incumpliendo por vez primera las órdenes de Max, no hizo rumbo a Delhi. Se dirigió a Lahore, pintando con vivos colores las escenas que se desarrollaban al Norte.

Habla causado extrañeza la falta de comunicación telefónica, pero lo atribuyeron a una avería natural. Los poderes militares tomaron cartas en el asunto, siguiendo los consejos e iniciativas del astuto hebreo.

En una palabra: a costa de centenares de muertos y heridos rebeldes—sin patria, sin justicia y sin dios—, la revolución tramada desde el exterior había terminado. Dos o tres ingleses habían caído también.

Y el hombre que supo aguantar hasta el último momento, para evitar a su país una convulsión trágica. Nadie podría decir en lo sucesivo, y para sus propagandas políticas, que un dirigente de Chitral había disparado contra sus hermanos. ¡En este aspecto, el sacrificio de Kalán no fue estéril!

EPILOGO

Habían pasado tres meses, y cambió toda la situación del decorado. Tommy Cohen había abandonado Delhi, afrontando su misión siguiente con otro atrevido compañero.

Max estaba en San Francisco, en una habitación cubierta de cortinas y de negros crespones, como una cámara mortuoria. Sobre un lecho yacía Edith acostada, con numerosas vendas en la cabeza. Y dos sombras silenciosas estaban en la habitación oscurecida. Una de ellas, el misionero, bisbiseaba una oración. La otra trataba inútilmente de contemplar a Edith, su esposa.

Acercándose al lecho, tanteando el rostro querido, el agente empezó a desenrollar los vendajes que tapaban los ojos de la ciega. Pese a sus facultades nictálopes, no hubiera podido advertir la menor cosa en la estancia. Pero sabía lo que tenía que hacer. Estaba asistiendo a la resurrección de unas pupilas muertas.

Despojada de los vendajes, muy paulatinamente, Edith abrió los ojos. Y dio un grito.

—¡Veo! —dijo—. Advierto sombras confusas...

—Es una suerte para ti, querida —dijo Max, tratando de desvanecer con su humorismo un posible fracaso—. Porque lo cierto es que yo no alcanzo a divisar la menor cosa...

La joven se sentó en la cama y tendió su manecita derecha, recta, hacia la cabeza inclinada del esposo. No había el menor titubeo, pero Max ya estaba prevenido contra la videncia de los ciegos. Por el sonido de la voz, por el mismo aliento de sus interlocutores, son capaces de manejarse como si vieran. Necesitaba tener una prueba más real.

Metió mano en un bolsillo y sacó de él la gema que le entregara Kalán como regalo. La mantuvo en la mano, a alguna distancia de su esposa.

—Cerciórate bien de que ves, querida —le dijo—. Prueba a decirme lo que tengo en la mano, sin hacer uso del tacto.

«Sintió» fijos en él los ojos escrutadores de Edith. Y el bisbiseo de la oración de Fred Latymer, que iba descorriendo con suavidad las gasas que cubrían una de las ventanas.

—Es una piedra preciosa —dijo ella—. Grande como un huevo de paloma, y admirablemente tallada. ¡Déjame cogerla!

Las manos que se dirigieron al rubí distaban mucho de vacilar. Y los

ojos azules veían. Pudo observarlo Max al verlos concentrarse, por vez primera, hacia el exterior. La mano de Edith tomó la piedra con delicadeza. Y la acercó a su rostro. Max no alentaba apenas. Ante él iba a descorrerse un arcano que le había quitado muchas horas de sueño.

—Es un rubí —aseguró Edith, categórica—. Qué tonto eres, querido... —sonrió—. ¿Por qué había de engañarte? Ahí está mi tío, descorriendo poco a poco unos cortinajes.

Abandonando la piedra de valor extraordinario, la joven tendió los brazos a su esposo. Aún se resistía Max, por miedo a una decepción. No ya de la vista de Edith, sino de que su aspecto físico no agradara a su esposa. También en América existía libertad para aceptar las iniciativas privadas. Si Edith no le quería...

—¿Qué más ves? —preguntó, anhelante.

—Veo a un hombre moreno, fuerte, de buena estatura y con el temor retratado en el semblante. Perdona que no alcance a ver el color de tus ojos, querido; no me es posible. Mi tío me dijo que son pardos, pero no quiero engañarte. No los veo aún. ¡Sin duda porque no te acercas a mí...!

Max se aproximó, gradualmente. Trató de reprimir un sollozo, al sentirse acariciado por las pupilas bellísimas, ¡vivas! Y oyó, para su deleite, la voz musical de Edith.

—Ese hombre tiene en el pecho una condecoración paquistaní. Se acerca, entre tímido y orgulloso. Y tendré que animarle diciendo que yo estoy más orgullosa que él. Porque el hombre que veo, y que adoro, es mi esposo.

Los dos jóvenes se fundieron en un abrazo. Y luego, los celajes oscuros volvieron a abatirse sobre la ventana, empujados por la mano temblorosa del misionero. El experimento había durado mucho, y no era prudente prolongarlo.

—Sigo viendo, aun sin luz —continuó Edith—. Toda una vida prometedora que se ofrece ante nosotros, como premio a nuestras cuitas pasadas. Y adivino que un heredero de los Baxter avanza a menudos pasitos desde su pequeño mundo. No ve todavía; pero te aseguro, querido, que tendrá unos hermosos y alegres ojos pardos. ¡Lo sé!

—¡Amor mío —murmuró Max, entre las sombras, buscando unos labios jugosos y plenos de promesas.

—Gracias. Buen Dios... —bisbiseó el misionero, hincándose de rodillas.

¿Qué agradecía? ¿La curación de su sobrina? ¿La salvación y felicidad de aquellos dos seres? ¿El anuncio de un heredero que su experiencia acunaría entre mimos y sanas doctrinas?

No puede adivinarse. Como es imposible saber por qué da una flor su perfume. Une la bondad del rocío de la brisa, de las caricias del sol... ¡Y se abre ante todos y para todos como una bendición!

Procurando no distraer a los enamorados con sus pasos, el hombre que había hecho renuncia al amor abandonó de puntillas la habitación. Sonreía, seráficamente, al cerrar la puerta de la estancia. Se dirigió a una ventana y la abrió del todo. La brisa del mar acarició sus cabellos blancos, el rostro apacible.

Cerca de Goldens Gate, un barco de airosa línea enfilaba sin un titubeo hacia el Pacífico. El ronco clamoreo de la sirena parecía una despedida.

—A otro viaje me iré contigo —murmuró el misionero—. Cuando haya bautizado a un niño que viene en camino. ¡Adiós!

Un rayo de sol fulguró en el pecho del santo varón. No era una condecoración ni una piedra preciosa. Era un rústico símbolo del sacrificio del Ser que lo dio todo por evitar el odio sobre la Tierra. Fred Latymer besó el destello y cerró la ventana, renunciando al placer de la nostalgia.

Nada tenía importancia. Dios alentaba en su pecho y fuera de él, como un parapeto contra las malas pasiones. ¡En aquel crucifijo que simbolizaba un Calvario...!



COLECCIONES DE EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

WINCHESTER

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 6 Ptas.

EXTRA-OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 6 Ptas.

AVENTURAS DEL F. B. I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F. B. I.

Publicación quincenal 1,50 pts.

MENDOZA COLT

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,50 pts.

F. B. I. ¡LA COLECCION SIN RIVAL!